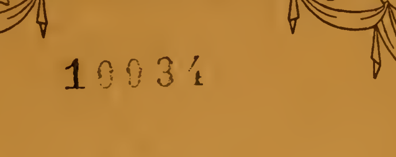


J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LOS SENDEROS DEL MAL



RENACIMIENTO
MADRID



LOS SENDEROS DEL MAL

J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

LOS SENDEROS DEL MAL

Comedia en tres actos, estrenada en el TEATRO DE LARA el 30 de Marzo de 1918.



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1918

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
La otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.

Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

EN PRENSA

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

A DON EDUARDO YAÑEZ

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Nina (24 años)...........	Mercedes Pérez de Vargas.
Doña Pura (50 años)......	Virginia Alverá.
Fausta (26 años)...........	Eugenia Illescas.
Fernando (30 años)... .	Francisco Fuentes (hijo).
Don Martín (60 años)......	Emilio Thuillier.
Corbacho (33 años)........	José Isbert.
Alfonso (30 años).........	Luis Manrique.
Bernal (28 años)...........	Miguel Gómez.
Santos (60 años)..........	José Mora.

La acción, en Madrid.

ACTO PRIMERO

Salón estilo Imperio en casa de Don Martín. Los muebles, tapizados de seda escarlata, denuncian con el brillo crudo de los dorados lo reciente de su restauración. En los muros, cubiertos de seda purpúrea, hay un par de copias de David. Una vitrina guarda relojes, medallones, tabaqueras y abanicos de la época napoleónica. En la estancia todo es rojo, encendido o apagado, y oro desvanecido o reluciente. Por la izquierda métese la luz de un balcón, y en la derecha arde una chimenea. La única puerta de la habitación se abre al fondo y permite ver una salita pobremente amueblada.

DON MARTÍN, *repantigado en una butaca, junto al fuego, deletrea perezosamente un periódico. Es un sesentón fuerte, ancho de quijadas, con los ojuelos hundidos y brillantes y la boca voluntariosa. Tiene los bigotes como las alas de un mirlo, y se cubre el cráneo con una peluca más negra que la endrina. Viste un traje de buen corte, pero algo usado.* FAUSTA, *una doncellita muy gentil, que luce, sobre el vestido obscuro, un delantal como la espuma, entra y quédase junto a la puerta.*

FAUSTA

Con timidez.

Señor...

DON MARTÍN

Sin alzar los ojos.

Ya he advertido que hoy no se ven los muebles.

FAUSTA

Es que le busca un criado del Club.

DON MARTÍN

Con viveza.

¿Será Santos? Que pase.

Se retira Fausta y momentos después entra SANTOS. *Es un vejete pequeñín, con una calva enorme, una camisa muy limpia y unas botas muy lustradas. Lo demás de su menuda persona, incluso el rostro mortecino, carece de importancia. Lleva una americana raída, que deja ver el chaleco verde aceituna con botones dorados que usa la servidumbre del Club; los pantalones son de la misma tela que el chaleco, y en la gorra, también verde aceituna, destácanse una C y una M de metal blanquecino sobre la visera charolada.*

SANTOS

Buenos días.

DON MARTÍN

Hola, Santos. Acércate, hombre.

SANTOS

Aproximándose a Don Martín.

Con el permiso del señor. ¿Cómo está el señor desde anoche?

DON MARTÍN

Unas horas más viejo; pero magnífico, Santos. Como un león que soy. ¿A qué vienes por aquí?

SANTOS

Con una cortedad que da la medida de su respeto.

Bien sabe Dios que me hubiera quedado sin el sueldo de un mes por no venir... Y muy conforme... Sino que, como nadie "iznora" que me distingue el señor...

DON MARTÍN

Presintiendo algo desagradable.

Huy, huy, Santos... ¿Lo de los recibos otra vez? Supongo que no los traerás.

SANTOS

Ya sé que no los va a pagar el señor; pero como me "esigieron" que los trajera, y como no pesan mucho... Abultar... sí abultan.

Saca un paquete muy grande.

DON MARTÍN

Asombrado.

¡Caray! ¿Todos son míos?

SANTOS

Todos. Hay ciento ochenta. Los recibos de quince años.

DON MARTÍN

Con súbita indignación.

¡Ciento ochenta! ¿Y se han imaginado esos imbéciles que me los van a cobrar?

SANTOS

Mefistofélico.

Yo creo que no. "Me se" figura que lo que desean es... vamos... quemarle y avergonzarle.

DON MARTÍN

Pero, ¿están locos? ¿Quién se avergonzaría en mi pellejo? Cien veces he dicho que fundé el Club, con unos cuantos camaradas, para divertirme; que soy el socio más antiguo; que represento la época más gloriosa de la casa, y que, si hubiese decoro en el mundo, el Club, en vez de pedirme dinero, me lo daría. ¡Asco siente uno al oir ciertas impertinencias!

SANTOS

Convencido.

Sí que es verdá. *Con timidez.* Pero, en fin, si el señor quisiera...

DON MARTÍN

Con severidad.

¿Te atreves a pedirme que pague? ¡Tú también!

SANTOS

Precipitadamente.

¡No, no...! ¡"En" jamás, Don Martín...! *Con astucia diplomática.* Ahora, que si en lo otro se "diznara" el señor hacerle caso a la Junta... Los señores de la "direztiva" quieren... vamos... "esigen" de buena manera, que... que... No me atrevo, señor.

DON MARTÍN

¿Tan gordo es lo que exigen? *Con desdén.* Habla.

SANTOS

"Esigen"... que el señor se quite del vicio.

DON MARTÍN

Entre sulfurado y burlón.

¿De qué vicio?

SANTOS

Del de fumar.

DON MARTÍN

Pasmado.

¿He oído bien? ¿Hay, efectivamente, unos idiotas capaces de insultarme con tan ridícula petición?

SANTOS

Después de una pausa.

Dicen que cada "timestre" hay que forrar las mesas de la sala de recreos, porque el señor con los cigarrillos quema los paños, y añaden que el señor quema también las butacas.

DON MARTÍN

¿Y cuántos miles de mesas y butacas podría comprar el Club con los millones que me he dejado en él?... Que esos señores no sean cursis, y que no se fijen en menudencias. ¡Pues estaría bien que me ahumase yo los dedos por no quemar una butaquita o un paño...!

SANTOS

Con pena.

Es que los "direztivos" creen que el señor le falta al respeto al Club con... con su "conduzta".

DON MARTÍN

¿Y no le falta el Club al respeto que se merece su fundador, teniéndole en la miseria...? Porque esa es la verdad, Santos. Qué, ¿te fijas en el salón? De Rubianes el mueblista. Soy un chalán de Rubianes, que me paga bien. Traigo a mis amigos y a mis conocidos, les conmuevo contándoles un apuro que me obliga a vender lo mejor de mi casa, y así coloco las mercancías de mi protector. Que sepan esto los señores de la directiva, y que se enteren también de que seguiré no pagando los recibos y quemando lo que me plazca, si no honran al Club señalándome una pensión.

SANTOS

Lleno de admiración.

Sí que es una "repuestita" que les va a helar.

DON MARTÍN

Dejando un cigarrillo, que acaba de encender, en un brazo de la butaca.

Toma, para que la repitas sin miedo.

Le da un duro.

SANTOS

Con canina gratitud.

El señor siempre tan rumboso. *Por el pitillo.* Pero tenga cuidado el señor, que va a quemar el mueble.

DON MARTÍN

Quitando el pitillo con rapidez.

¡Pícara costumbre...! En cuanto se me olvida que estoy en casa...

SANTOS

¿Desea algo el señor?

DON MARTÍN

Nada. Hasta luego.

SANTOS

A las órdenes del señor.

Saluda con respeto, y se marcha.

DON MARTÍN

¡Qué mentecatos!

Entran NINA *y* DOÑA PURA. *Nina es una mujer con el gesto alocado, la expresión pueril y los movi-*

mientos de pajarillo. Viste con sencillez y elegancia. Doña Pura es la misma mujer elegante, alocada, pueril y con movimientos de pájaro, sino que en ella, ultrajada por la vejez, inspira risa lo que en su pimpollo despierta admiración.

NINA

¿Papá...?

DON MARTÍN

Aquí estoy, tesoro. *Acariciándola.* ¿Qué madrugón ha sido este?

NINA

Alegremente.

Es que ahora empezarán las prisas. Lo único terminado es la ropa interior, y me voy a ver negra.

DON MARTÍN

Sonriente, pero un poco alarmado.

Con tal de que yo no me vea negro...

NINA

¡Pero papá...! Fernando está seguro de que su madre le enviará lo preciso.

DON MARTÍN

Sin embargo, prudencia, porque puedes no casarte. Y si ganara yo para vegetar... Pero, aun vendiendo cada tres meses un salón, ¿sacaría más de ocho o diez mil reales? Y con ciento cincuenta duros al mes, Pura de mi alma, ¿quieres decirme qué haríamos nosotros?

DOÑA PURA

Morirnos de hambre y de vergüenza.

DON MARTÍN

Si tropezara con algún negocio bueno...

NINA

¿Más bueno que el de colocar a tu Nina...? Fernando es un gran partido.

DON MARTÍN

Gran partido para la hija de un caballero que heredó veinte millones, no. Pero, en fin, tu novio, que ya disfruta de verdadera fama, tendrá uno de los mejores bufetes de Madrid. Así es que sólo me preocupan las dificultades del momento.

NINA

Pues que no te preocupen. Tan segura estoy yo de la boda, que... *Riéndose.* No, no te lo digo. Te vas a asustar.

DOÑA PURA

Dulcemente.

¿De sacrificarse pagándole unos trapajos a su mujer, y consintiendo que, por unos días, no salgamos como la familia de un escribiente...? Hemos de ir a muchos sitios; este Madrid es un horror lo que se agranda...

DON MARTÍN

¿Qué dices, Pura? ¿Otra vez el automóvil? ¿Cómo vendo yo muebles teniendo automóvil? ¿No comprendéis que es absurdo?

NINA

Abrazándole.

No seas gruñón. ¡Si todo lo costeará mi marido!

FAUSTA

Desde la puerta, conteniendo la risa.

El señorito Fernando.

NINA

Corriendo hacia la puerta.

Fernando, Fernando... *A Fausta.* Pero, ¿de qué te ríes?

FAUSTA

Ruborizándose.

De nada. De que el señorito...

FERNANDO

Dentro.

No me atrevo a entrar...

Nina se asoma a la puerta y, al ver a su novio, suelta una carcajada.

NINA

¡Ay, cómo estás...! ¡Ay, cómo estás...!

Entra FERNANDO. *Es un caballero gordinflón, narigudo y cargadillo de espaldas. Lleva mal una buena ropa, calza unos zapatos con dos dedos de suela, y humilla a un chaleco gris, verdaderamente elegante, con una corbata que es un arco iris.*

DOÑA PURA

Rompiendo a reir.

Pero ¿quién es este señor?

DON MARTÍN

Imitándola.

¿Es don Fernando Urbina, o un primo suyo?

FERNANDO

A su novia.

¿No te lo decía...? Y en el bufete, igual... ¿Para esto me has hecho afeitarme?

NINA

Sin dejar de reir.

¡Pero si pareces otro!

FERNANDO

Conteniendo la risa.

¡Muy agradable! ¡Para triunfar así, mi persona! ¡Probado!

NINA

¡No! ¡Pobrecito! Es la sorpresa, el primer momento... Y ya pasó. Te juro que estás mucho mejor sin la barba.

FERNANDO

¿De verdad, de verdad...? ¿No lo dices para consolarme? Porque yo me he encontrado espantoso, con más nariz, con doble papada... digno de un premio de fealdad. Por eso he procurado embellecerme un poquitín. ¿No lo notas? *Viendo que la muchacha le examina, perpleja.* ¡Válgame Dios, mujer! El chaleco. Me figuro que merece un elogio.

NINA

Con precipitación.

¡Ah, sí! Es lindísimo.

FERNANDO

Como que lo elegiste tú.

NINA

Lástima que lo eches a perder con la corbata.

FERNANDO

Disimulando su contrariedad.

¿Sí? ¡Por vida de la corbata!

NINA

Riñéndole como a un niño.

Vamos a ver. ¿Para qué te sirven los ojos? ¿Para estudiar pleitos nada más? ¿No has caído en que esa seda tiene mucho rojo y mucho anaranjado...? *Riéndose.* Es una nota de color demasiado atrevida, y la debes suprimir.

Se ríen todos.

FAUSTA

Desde la puerta.

Señorito, pregunta por usted su escribiente Bernal.

FERNANDO

Con sorpresa.

¿Bernal? ¿Ocurrirá algo?

NINA

Recíbele.

FERNANDO

Muy serio.

Te va a molestar. Porque te advierto que mi corbata junto a su cráneo es una humilde violeta.

Ya verás una nota de color explosiva. *A Fausta.* Que entre.

Sale Fausta y entra en seguida BERNAL, *que es un mozo de cabellos rufos, más rojos que el almagre, con mucha formalidad, ninguna pestaña y millares de pecas. Lucha con un disforme y ferocísimo gabán, que él se entreabre continuamente, sin duda para lucir la magnitud de sus rodilleras. A Nina, al verle, se le escapa una risotada.*

NINA

¡Oh, oh, qué nota!

BERNAL

Algo azorado.

Buenos días.

Le contestan Nina con amabilidad y burlonamente don Martín.

FERNANDO

¿Qué ocurre, Bernal?

BERNAL

Entregándole una carta.

Como me encargó usted que si llegaba algún certificado de Córdoba se lo trajera...

FERNANDO

Afable.

Cierto. Ha hecho usted bien, Bernal. *A Nina, con alegría.* ¿Ves?

NINA

A su madre, en voz baja y cariñosamente.

¿Ves?

DOÑA PURA

Más bajo aún, en tono de reconvención, a su marido.

¿Ves?

BERNAL

Si no desea usted nada...

FERNANDO

Rompiendo el sobre.

No, nada, Bernal.

BERNAL

Buenos días.

Esta vez, pendientes de la carta, no le contestan, y el pelirrojo sale más cortado que entró.

FERNANDO

Triunfante.

¡La letra! ¡Si conoceré yo a mi madre! *Leyendo.* "Veintisiete mil"... ¡Digo, y le añade dos mil pesetas a los cinco mil duros que le pedía! ¡Será buena la pobre!

NINA

Con júbilo, después de leer la letra.

¡Pues es verdad!

FERNANDO

Con permiso, voy a ver...

DON MARTÍN

¿Cumplimientos entre nosotros?

Fernando, observado por don Martín, empieza a leer. Hay unos momentos de silencio.

FERNANDO

Con emoción.

¡Pobrecilla! *Le miran todos; pero como él no interrumpe la lectura, se interrogan y se contestan gesticulando.* ¡Pobrecilla!... ¡Pobre, pobrecilla!

Como su emoción es creciente, don Martín, que torna a interrogar con el gesto a su retoño y

que no obtiene más respuesta que un mohín dubitativo, se decide a preguntarle al lector.

DON MARTÍN

En tono anticipadamente compasivo.

¿Alguna desgracia?

FERNANDO

Reprimiendo su emoción.

Afortunadamente, no. Una amargura nada más. Dice mi vieja unas cosas, que... que me han conmovido.

NINA

Recelosa.

¿Por lo del dinero?

FERNANDO

No... y sí. Ha hecho un sacrificio doloroso.

NINA

Con una punta de malignidad.

Y como lo ha hecho para favorecer a una desconocida...

FERNANDO

Apenado.

¡Nina!... Es injusto lo que has dicho. Te avergonzarías hasta de haberlo pensado, si conocieras a mi madre. Escucha su carta.

NINA

Algo avergonzada.

Pero Fernando, si yo...

FERNANDO

Escucha, escucha... *A doña Pura y don Martín.* Y escuchen ustedes y perdonen. *Leyendo con una voz a la que ablanda la ternura poco a poco, sin robarle su entereza varonil.* "Mi queridísimo hijo Fernando: He vendido el huerto. Como es tan lindo, tenía muchos golosos y no me costó trabajo encontrar comprador que lo pagara bien. Bien en lo que cabe, porque el valor de la finca, para mí, era inmenso. En ella nací, en ella me casé, en ella viniste tú al mundo, en ella murió tu padre... ¡Tu padre...! Me figuro que todavía le oigo asegurar que no había un huerto tan verde ni con tanto sol. No lo había. Así es que cuando puse la firma que nos lo quitaba para siempre miré a tus hermanas y las tres rompimos a llorar como tres tontas que somos. De tristeza y también de ale-

gría, porque, como dijo tu Mariucha, que está lo mismo que un lucero, para nada mejor podía servir la finca que para proporcionarte una mujer y con ella la felicidad. Por tu felicidad, no hay sacrificio que nos parezca grande. Ahora, si tú no puedes ayudarnos, viviremos con más economía. No me preocupa lo más mínimo el haber arruinado a tus hermanas porque sé que emplearás bien su dinero y que nunca dejarás a las inocentes sin tu amparo"...

NINA

Simulando con bastante habilidad, por el bien parecer, el enternecimiento de su novio.

Basta. No leas más. Devuélvele el dinero.

Don Martín se apresura a quitarle a Nina la letra.

FERNANDO

¡Pero, Nina!

NINA

Devuélveselo. Prefiero casarme vieja a que padezca, por mi culpa, una señora así... ¡Una santa!

FERNANDO

Ardientemente, porque ciego, como buen enamorado, no ve la simulación.

Esas palabras valen más que el huerto, y esa emoción tuya más que todos los tesoros del orbe.

DON MARTÍN

Haciendo como que se limpia una lágrima y devolviéndole la letra, ya tranquilizado, a Nina.

Es que hay cosas que, sin poderlo remediar, como Fernando ha dicho, llegan al corazón.

FERNANDO

Cuando es bueno el corazón. *Con alegría.* Y se acabaron las preocupaciones. Bien vendido está el huerto, ya que según mi Mariucha, que es adivina, va a darme la felicidad, y con la felicidad ánimos para hacerme rico y dotar como un príncipe a mis hermanas.

DOÑA PURA

Pues a cobrar. *Por la letra.* Dale eso, Nina. Y vuelva usted, si quiere almorzar con nosotros.

NINA

Palmoteando.

¡Sí, sí, sí! ¡No ha de querer!

DOÑA PURA

Riéndose.

Prepararé un banquete.

Sale revoloteando como una mariposa vieja.

FERNANDO

Pero yo no me voy todavía. Puedo cobrar hasta las dos, y de aquí al Hispano—donde me conocen—en el tranvía, no tardo cinco minutos.

NINA

Entonces, ajustaremos cuentas. Ven acá. *Se quita el sombrero y se sienta en el sofá junto a Fernando.* Tenías..., tenías..., ¿cuánto tenías tú? ¿No me dijiste que quince mil pesetas?

FERNANDO

Quince mil.

NINA

Luego disponemos de...

FERNANDO

Cuarenta y dos mil pesetas, justas y cabales.

NINA

Hemos comprado la alcoba y el salón; sirve todo lo de tu bufete, que está flamante...

DON MARTÍN

Y los muebles que nos llevaremos de aquí.

NINA

Desdeñosa.

¡Papá...! Se han vendido los buenos y los que nos quedan son vejeces.

DON MARTÍN

Haciéndose el sentimental, porque se acuerda de lo del huerto.

¡Vejeces de un valor inmenso para mí! Porque en esos muebles has jugado tú, y en esos muebles se puede morir tu madre...

NINA

Escandalizada.

¿Estás loco?

DON MARTÍN

Perdóname, hija mía. Hay cosas que, sin poderlo remediar, llegan al corazón...

NINA

Atajándole.

Bueno, bueno, papá. *A Fernando.* Contando con el saloncito que te van a regalar, nos faltan el comedor y otro saloncito íntimo para recibir a las amigas de confianza, dos alcobas para huéspedes, por si tu madre y tus hermanas pasan temporaditas en Madrid..., y... y no se me ocurre más.

FERNANDO

Entonces, con seis u ocho mil pesetas...

NINA

Riéndose con tan piadosa indulgencia como si oyese desbarrar a un niño.

Pero, ¿y mis trapos? ¡Mira que ocho mil pesetas...! ¿Qué te parece, papá? *Al novio.* Me he encargado ocho trajes, caballero. No me da la realísima gana de que se avergüence usted de mí. Y pasemos al capítulo segundo: abrigos.

FERNANDO

Con cierta alarma.

¡No serán ocho!

NINA

No, tontín. He encargado uno de pieles, nuevecito, que te honre; otro de terciopelo para los días templados, y otro, de pieles también, para la batalla de los trenes, los "autos" y los carruajes.

FERNANDO

Graciosamente aterrado.

¡Once cosas!

NINA

Volviendo a reirse y a mirarle con piadosa indulgencia.

¿Y las salidas de teatro, que serán dos?

FERNANDO

¡Trece cosas!

NINA

Más risueña aún.

¿Cómo trece? ¿Y los sombreros? ¡Ay, qué bobo, que no se acordaba de los sombreros! No te casas con una modistilla.

Entra doña Pura sin sombrero ni abrigo.

DOÑA PURA

A su hija.

Está ahí la peinadora. Como va a salir Fernando, le he dicho que se espere.

NINA

Sí. Me arreglará un poquillo esta cabeza. *A Fernando.* Hasta luego, bobo, bobín. No tardes.

Sale a saltitos como una alondra, seguida por su madre, que sonríe llena de orgullo.

DON MARTÍN

Alzando la diestra con solemnidad, para detener a Fernando, que intenta irse.

Un momento. *Después de una pausa majestuosa.* Fernando, hijo mio..., y permítame usted que le llame así... Ha llegado el instante, horroroso para este pecador, de hablar de lo que más le

duele, de lo que más le preocupa y de lo que más le avergüenza. *Con energía.* ¡De lo que más me avergüenza! Lo repito, porque, gracias a Dios, no me avergüenzo de avergonzarme. ¿No es eso lo digno?

FERNANDO

Desconcertado.

Sin duda; pero...

DON MARTÍN

Con dolorosa ironía.

No, no. Discreciones en este momento, no. Demasiado me comprende.

FERNANDO

Le juro...

DON MARTÍN

Con honrada melancolía.

¡No! Por bondad, no aparte el cáliz de mis labios. Vamos a interrumpir ahora la farsa, para hablar sin caretas, noblemente, como dos caballeros que somos. *Cual si le costase un gran trabajo afrontar el asunto.* A usted le habrá sorprendido

mi silencio en lo relativo a la cuestión de intereses.

FERNANDO

En tono de cariñosa protesta.

¡Don Martín!

DON MARTÍN

Con el generoso fuego de un mártir.

¡No lo niegue, que le habrá sorprendido! Usted se ha callado por delicadeza, por discreción, por desinterés, por elegancia espiritual... Pero usted se habrá dicho: "Este don Martín de Estúñiga, que heredó veinte millones, ¿no ha guardado nada, nada, nada?" Y eso es lo que le preocupa, le duele y le avergüenza a este pecador. Nada; no ha guardado nada; no tiene para casar a su hija; no puede impedir que el novio de su hija compre ¡hasta los cubiertos!

FERNANDO

Con el acento de la verdad.

¡Don Martín, que es usted el que me avergüenza con sus palabras! ¡Si yo bendigo su ruina, que es la que me ha acercado a la que va a ser

mi mujer! Y además, ¿con qué cientos ni con qué miles de millones se podría pagar el tesoro que me regala usted al darme su hija?

DON MARTÍN

Con los ojos arrasados.

Sí; eso es cierto. Te llevas—y déjame que te tutee, hijo mío—, te llevas una criatura que, si no existiese su madre, sería única en el mundo. Pero a mí me hubiera gustado dártela cargadita de oro... De un oro que tú habrías sabido administrar.

FERNANDO

Alegremente.

Descuide, que ya administraré el que gane. ¡Y fuera tristezas!

DON MARTÍN

Patéticamente.

Es que hoy me han apesadumbrado tantos recuerdos y han caído sobre mí tantas amarguras... Y luego la carta de tu madre, que se me ha grabado aquí... *En la frente.* Y, por añadidura, el... ¡el puerco episodio de esta mañana! Afortunadamente, Nina no se enteró.

FERNANDO

Con ansiedad.

¿Qué episodio ha sido ese?

DON MARTÍN

No, no te alarmes.

FERNANDO

¿Qué ha pasado que no debe saber Nina?

DON MARTÍN

Nada. Una cosa repugnante; pero sólo repugnante. Vilezas de la vida... con las que no te debo abrumar.

FERNANDO

¡Oh, no! ¡Eso no es justo! ¡Ya que me llama hijo, confíese a mí!

DON MARTÍN

Pero, ¿te has inquietado? ¡Si no ha sido nada! Una simple bellaquería. Que me... echan del Club, si no abono los recibos que debo. ¡A mí! ¿Y cómo he de pagar el Club, si no tengo ni para pagar la casa?

FERNANDO

Dolido y apesarado.

¡Pero eso no se puede consentir! ¿Es que para usted yo nada significo?

Saca de la cartera un fajo de billetes.

DON MARTÍN

Como una señorita asaltada por un seductor.

¡No...! ¡No...! ¡De ningún modo! ¡Por Dios...! ¡No!

FERNANDO

Persuasivo.

No sea usted soberbio.

DON MARTÍN

¡De ninguna manera! ¡No! ¡No estaría bien!

FERNANDO

¿Y estaría bien que le echaran de la casa y del Club?

DON MARTÍN

Sin embargo... Siendo dinero tuyo...

FERNANDO

Ah, precisamente porque es mío, ¿no lo acepta usted?... ¡Pues lo va usted a aceptar a la fuerza! *Con donoso enfado y metiéndole los billetes en el bolsillo.* ¡A la fuerza, porque yo no consiento que humillen a mi padre!

DON MARTÍN

Fingiendo que se ablanda.

Fernando...

FERNANDO

Con los hijos no se debe tener orgullo, señor papá.

DON MARTÍN

Exaltándose.

¡No, no se debe tener! ¡Muera el orgullo! *Abrazándole.* Me salvas, hijo mío. Lo único que me consuela, ya que no puedo ni soñar en devolverte esta suma, es que tú te enriquecerás. Tú dispones de un caudalazo de los que nunca se acaban. ¡Esa cabeza!

FERNANDO

Mirando el reloj.

Caramba, me voy.

DON MARTÍN

¡Adiós, hijo mío!

FERNANDO

Refiriéndose al dinero.

Y una recomendación: chito. Mucha discreción y alegre usted esa cara.

DON MARTÍN

Con una melancolía incurable.

¡Si yo me pudiese alegrar...!

Sale Fernando, y el sauce, que se convierte en seguida en un jocundo rosal, saca los billetes, los cuenta, ensaya una cabriola y se pone a cantar a media voz:

«Quisiera yo tener
un mágico poder
de adivinación...»

DOÑA PURA

Desde la puerta.

Bien, hombre, bien. Enhorabuena.

DON MARTÍN

Con indiferencia, para ocultar su contrariedad.

¿Por...?

DOÑA PURA

Porque siempre cantas cuando ha llovido en tus bolsillos.

DON MARTÍN

Pues lo que es hoy... Unos duros de un corretaje que he hecho en el Club, y gracias. No cantaba por esa pequeñez, sino por lo de Nina, que bien merece que nos alegremos un poco.

Entra NINA *muy bien peinada y con un traje sencillo y de muy buen gusto.*

NINA

¿Por qué gruñe la Eugenia?

DOÑA PURA

¡Ah! Encima ¿gruñe? *A don Martín.* Figúrate que lo ha consumido todo y que ni siquiera se había dignado advertírmelo.

NINA

Adusta.

Entonces, Fernando ¿qué va a almorzar?

DOÑA PURA

Tranquilamente.

Lo que venga de Lhardy.

DON MARTÍN

Bien. Que avise la chica. Langosta a la americana, abundante, y un *chateaubriand* para cada uno... Y para hacer boca ¿pedimos el timbal a la milanesa?

DOÑA PURA

Sí. Y la *charlotte glacée,* con mucha fruta.

DON MARTÍN

Dándole unos billetes.

Toma.

ALFONSO

Dentro, imitando el cacareo de una gallina.

¡Ca... catalá... catalí!... ¡Ca... catalá... catalí!

NINA

Riéndose.

Ya está ahí el chiflado de Alfonso.

Entra ALFONSO. *Es rubio y tan corto de vista que lleva unos cristales en los lentes del grosor de los que se ponen en las escafandras. Tiene unos finos mostachos y una barbita afilada, que se atusa constantemente. Su traje está muy deslucido.*

ALFONSO

¡Hola! ¿Nos pompeamos en el salón del trono? *Cacareando.* ¡Ca... catalá... catalí!...

Todos se ríen.

DON MARTÍN

Pero ¡qué bufón eres!

ALFONSO

¿Porque cacareo para llamar a Catalina?... No, señor. No lo hago por gracia. La llamo cacareando porque mi corazón es de gallina y debo cacarear. Yo, mi querido tío, merecía vivir, por cobarde, en casa de un pollero, encerrado en una jaula. ¿No se huelen ustedes la novedad?... Que mi suegro... ¡mejora!

NINA

Apenada.

¡Chico!

DOÑA PURA

¿Pues no decías...?

ALFONSO

Con una ferocidad cómica.

¡Ilusiones! Mejora, y yo, como una vil gallinácea, le doy las medicinas, en vez de asesinarle... ¿No es para estallar de ira?

DON MARTÍN

Compadeciéndole.

Paciencia, hijo, paciencia.

ALFONSO

¿Paciencia...? No rompo a llorar, porque a mí, como no me pisen un pie, no se me saltan las lágrimas.

DON MARTÍN

Por lo visto las tienes en los ojos de gallo.

NINA

Riéndose.

Patochadas, no, Alfonso.

ALFONSO

¡Ríete, ríete! ¡Si mis tragedias hacen reir! Bueno. Por ser una asquerosidad, no escupo; que si no, les demostraría que es hiel lo que me brota de adentro.

DON MARTÍN

Ya se morirá, hombre. Calma. No te apures.

ALFONSO

Pero ¿cuándo, señor? Con poco menos de un siglo en las espaldas, guillado indecorosamente ¡y todavía se permite abusar de mí, teniéndome a dieta!

DON MARTÍN

Calma, calma.

ALFONSO

¿Junto a mi mujer? ¿Con su maldito carácter? *A Nina.* Tú no puedes figurarte cómo está desde

que riñó con ustedes. ¡Ay, lo que me cuesta el caudal de mi suegro!

FAUSTA

Desde la puerta.

El dependiente del señor Rubianes.

DON MARTÍN

Voy en seguida. *A su mujer.* Encarga el almuerzo, y no olvides la langosta a la americana.

Sale don Martín.

ALFONSO

¡Caray, mi chifladura! Me convido.

DOÑA PURA

A Fausta.

Ven. Te daré una lista para que la lleves a Lhardy.

Sale con Fausta.

ALFONSO

¡Langosta a la americana! ¡Lhardy...! ¿Os ha tocado la lotería?

NINA

Con picardía.

A mí, sí.

ALFONSO

¡Carambola! ¿Y sin jugar?

NINA

Con malignidad.

Jugando a un juego muy serio.

ALFONSO

¿A un juego muy serio? *Después de una pausa.* ¡Ay, Dios mío! ¡Te casas! ¡Quieres darme a entender que te casas!

NINA

Me caso, me caso. ¡Pues no, que me iba a quedar para vestir imágenes!

ALFONSO

Con verdadero dolor, a pesar del tono de broma.

Pero eso... ¡es una indignidad, una felonía! Porque yo haya tolerado al novio ¿voy a tolerar al marido?

NINA

Risueña.

¡Qué tipo más curioso eres!

ALFONSO

¡Ah! ¿Sí? Yo me casé con tu consentimiento, y rompimos nuestro noviazgo en vista de que tu padre viajaba hacia la miseria, país al que llegó el mío antes de morirse; pero recuerda que dejaste que me casara porque mi prometida era una noche de truenos, y recuerda también que convinimos en que tú te esperarías a que yo enviudase para reanudar nuestro idilio.

NINA

Burlona.

¿Y qué? Con que ahora esperes tú también...

ALFONSO

¡Ah, no! ¡Sería una infamia!

NINA

Como la tuya.

ALFONSO

No, hija; mayor, porque, aunque me duela reconocerlo, tu novio no es tan imponente como mi mujer. Es cursililllo, pero pasable.

NINA

¿Pasable mi novio? ¿Qué majaderías estás ensartando?

ALFONSO

Con indignación.

¡Ah! De manera que ¿te gusta? ¡Y me lo dices a mí...! Hija de mi corazón, a cinismo no habrá quien te eche la patita.

NINA

Me gusta y me conviene. Porque trabaja y gana. Y tú...

ALFONSO

Con desdén.

Pues si yo ganara, ¿quién seria tu marido? *Melancólico.* ¡Ay, si tu padre, en vez de tirar sus millones, hubiese apandado las pesetas y los duros de los demás, como mi suegro...!

NINA

Despreciativa.

¿Qué significa eso? ¿Que, para casarnos, lo indispensable era mi caudal?

ALFONSO

No teniéndolo yo...

NINA

Con ironía.

¡Bravo! Y además... ¡sólo se habla de dinero, sólo preocupa el dinero!

ALFONSO

Sencillamente.

¿Y de qué se ha de hablar, sino de lo que hace falta? En cariño hacia ti, ¿no poseo yo más millones que todos los millonarios y archimillonarios del mundo? *Con una sinceridad que se adivina detrás de su ligereza.* Por ti hubiera sido yo sacamuelas, mozo de tupi, contorsionista, domador de pulgas... Y tan a gusto. Pero tú eres un lucero y forzosamente has de brillar. *Cogiéndole la diestra.* Esta manita no la ha torneado Dios para que empuñe el rabo de una sartén. Es demasiado primorosa.

NINA

Gimoteando como una criatura, con una coquetería infernal.

No seas tonto, Alfonso.

ALFONSO

Llevándose la manita a la boca.

Huele demasiado bien.

NINA

Haciendo como que desea zafarse.

Suelta, bobo, bobín.

ALFONSO

Besando los deditos con glotonería.

Sabe demasiado bien.

NINA

Retirando la mano.

En serio, no, Alfonso. Basta de tonterias, y hablemos con sentido común.

ALFONSO

Recobrando su tono de broma.

¿Nosotros?

DOÑA PURA

Dentro, sobresaltada.

¡Nina!... ¡Nina!...

FERNANDO

Dentro.

Pero no grite usted. No es nada.

Nina y Alfonso corren hacia la puerta. Entra FERNANDO, *con el gabán y el sombrero puestos, lívido y temblón.* DOÑA PURA *y* DON MARTÍN *le siguen alarmadísimos.*

NINA

Con ansiedad.

¿Qué te ha pasado?

DON MARTÍN

Casi al mismo tiempo.

¿Qué ocurre?

NINA

¿Qué tienes?

FERNANDO

Con más ira que dolor.

¡Es para darse a los demonios!

NINA

Con impaciencia y miedo.

Pero, ¿por qué? ¡Habla, di!

FERNANDO

¡La cartera! *Golpeándose en el lado derecho.* Me la guardé aquí, después de cobrar. Estoy seguro. ¡Aquí, donde se guardan las carteras!

NINA

Con terrible agitación.

¡No la habrás perdido! ¡No es posible que la hayas perdido!

FERNANDO

Avergonzado.

¡No la tengo! ¡Y yo la guardé aquí!

NINA

¿Y si te has equivocado? *Registrándole el gabán.* ¿A ver?

FERNANDO

Con desanimación.

¡No, no!

DOÑA PURA

¿Y en los otros bolsillos de la americana?

FERNANDO

No, tampoco. ¿Me la iba a guardar en cualquier parte con veintisiete mil pesetas?

DON MARTÍN

En tono de reconvención desdeñosa.

¿Y no habría sido igual, puesto que te la han robado?

DOÑA PURA

Cogiéndose al clavo ardiendo de una suposición.

¿Y si al cobrar...?

FERNANDO

Interrumpiéndola, porque adivina la pregunta.

No me la dejé en el Banco. He vuelto... ¡y no me la dejé!

NINA

Con una cólera sarcástica que le agria la voz.

¡Es increíble! ¡No le pasa a nadie!

FERNANDO

Abochornado.

No le pasa a nadie. Es cierto.

DON MARTÍN

Cada vez más desdeñoso.

Pero, hijo, dejarse robar cinco mil duros... Se necesita estar helado.

FERNANDO

Eso no.

NINA

Descomponiéndose.

¡Sí! ¡Helado! ¡Helado, como tú estás! ¡Miren ustedes que consentir que le roben...!

FERNANDO

Con dignidad:

¡Nina! *Después de una pausa.* No he consentido que me roben. Me han robado aprovechándose de un momento de distracción, que no es lo mismo.

ALFONSO

Con hipócrita conmiseración.

Pero, hombre, distraerse llevando en el bolsillo la felicidad...

FERNANDO

Secamente.

Alfonso, yo no soy de esas personas que creen que la felicidad se lleva en el bolsillo, porque el dinero, para mí, no es la felicidad. La felicidad es otra cosa, y la llevo tan bien guardada, que el único ratero que me la podría quitar es la muerte. *A todos.* Y no hablemos más del asunto, que bastante importancia le hemos dado.

NINA

Con ironía.

¡Ah! ¿No tiene importancia el que no se realicen tus planes?

FERNANDO

¿Y por qué no se han de realizar? ¿He cambiado yo? ¿No sé trabajar, y no trabajo, y no gano más de lo que ambicionaba...? Nos reduciremos, hija mía. Haremos las cosas con más modestia y habrá boda, que es lo principal.

NINA

Con una sonrisa agresiva.

¿Es una lección?

FERNANDO

Asombrado.

¿Una lección?

NINA

Con frialdad.

Si lo es, no la merezco. Bastante me he reducido y no es poca mi modestia. Tú no tienes ni tendrás lo que tuvo mi padre, y sólo he pensado en vivir junto a ti con decoro.

FERNANDO

¿Y digo yo que no sea legítimo ese deseo?

NINA

Vivamente.

¡Claro que lo dices! Lo acabas de decir. "Más modestia." Pan y cebolla. ¿No es eso?

FERNANDO

Cariñosamente.

Nina, ¡por el amor de Dios! ¿A qué vienen tamañas exageraciones? Yo no tengo nada de ridículo.

NINA

Si la ridícula lo seré yo ahora.

FERNANDO

¿Por qué?

NINA

Con una sonrisa que no disimula su indignación.

¡Por qué! ¡Por qué...! ¡Como si no supieras lo que he encargado! ¿No comprendes que tendré que aplazarlo todo y urdir algún embuste que explique el aplazamiento?

FERNANDO

Preocupado.

Sí. No había caído... *Después de una pausa.* Pero no tendrás que mentir. *Reconcentradamente.* Puesto que no hay más remedio, pediré.

NINA

Empezando a ablandarse.

¡No! ¡No lo consentiré! ¡No quiero que te sacrifiques por mí! ¡Prefiero quedar en ridículo! Avisaré para que no hagan los trajes.

FERNANDO

No avisarás. No has de ser tú la víctima de mi torpeza.

DON MARTÍN

Amabilísimo.

Torpeza, no. Al más listo le roban.

DOÑA PURA

Con una sonrisa de adulación.

¡Y la prueba es que le han robado á él!

NINA

Como si fuese a llorar.

Pero ¡qué disgusto, Dios mío! ¡Estoy temblando!

FAUSTA

Desde la puerta. A Fernando.

Un caballero que viene del bufete desea hablar con usted.

FERNANDO

Dígale que aquí no puedo recibir a nadie, y que estaré en el bufete a las cinco. *Quitándose el gabán y entregándoselo con el sombrero.* Y haga el favor de llevarse esto.

Sale Fausta

NINA

Con ternura.

¿No será una violencia muy grande, muy grande para ti...? ¡Dímelo, Fernando!

FERNANDO

Reconquistado por el pajarito.

A mí sólo me puede violentar una cosa: verte disgustada.

NINA

Atacándole con sus gestos pueriles y su quejumbre de niña.

¡No, no, ea...! ¡Es muy duro que pidas! ¡Es humillante pedir!

FERNANDO

Víctima de su seducción.

Pero ¿y el gozo de humillarme para que tú no te humilles?

NINA

Apretándole las manos y acariciándole con un mohín galvanizador.

¡Bobo, que eres un bobo!

ALFONSO

Tosiendo fuertemente.

¡Ejem!

NINA

Burlándose.

¿Te ahogas?

ALFONSO

Toso.

Entra FAUSTA.

FAUSTA

Dispense el señorito. Se ha empeñado en que le pase esta tarjeta.

FERNANDO

Cogiéndola.

¡Qué pesadez! *Leyendo.* "Félix Corbacho le ruega que le escuche un minuto. Trae un encargo de su madre de usted". *Con viveza.* Que entre. Ustedes me lo permitirán.

DOÑA PURA

Ve, Fausta.

Sale Fausta.

DON MARTÍN

Vamos nosotros.

NINA

A Fernando.

No tardes.

Salen Nina, doña Pura, Alfonso y don Martín. Segundos después, precedido por FAUSTA, *que se retira inmediatamente, entra* CORBACHO. *Es un hombre que se puede quitar un lustro sin ofender a la verosimilitud, bien parecido y pulcramente rasurado. Luce en la corbata, denunciando la plebeyez de sus gustos, un brillantón; pero su traje y su gabán son elegantísimos y su porte irreprochable. Si se expresara de un modo más señoril, parecería un perfecto caballero.*

CORBACHO

Con desenvoltura.

Servidor de usté.

FERNANDO

Con afabilidad.

Y yo de usted. Tenga la bondad de sentarse.

CORBACHO

Sentándose.

Muchas gracias.

FERNANDO

Mirándole con atención.

Me parece que le conozco a usted.

CORBACHO

¿Por qué no? ¡Madrí es tan chico!

FERNANDO

¡Ah! ¿Es usted de Madrid?

CORBACHO

Gato, sí, señor.

FERNANDO

Ya. ¿Es que ha ido usted a Benalcázar?

CORBACHO

Sorprendido.

¿A Benalcázar?

FERNANDO

Más sorprendido aún.

Si no, ¿dónde ha visto usted a mi madre?

CORBACHO

Muy tranquilo.

¡Ah, es verdá! *Riéndose.* Tiene chiste.

FERNANDO

Receloso.

¿Por qué tiene chiste mi pregunta?

CORBACHO

Después de un instante de silencio.

Porque yo no sé ni hacia dónde cae Benalcázar.

FERNANDO

Levantándose.

Entonces...

CORBACHO

Imperturbable.

No, señor. No he visto en mi vida a su señora madre.

FERNANDO

Incisivamente.

¿Y me quiere decir por qué razón ha mentido?

CORBACHO

Levantándose el gabán para sentarse más cómodamente.

Claro. Para que me recibiera usted en seguida.

FERNANDO

Con una ira que no estalla porque le contiene la tranquilidad de su interlocutor.

De modo que tenía usted que verme a la fuerza, contra mi voluntad, en una casa que no es la mía..., por no resignarse a esperar unas horas.

CORBACHO

Como diciendo: «Qué bien observa este abogado.»

Justo. Así es.

FERNANDO

Caldeándose.

¡Usted no puede perder unas horas!

CORBACHO

Con ingenuidad.

He preferido molestarle.

FERNANDO

Maravillándose.

¡Y lo confiesa...! Y se figura que voy a consentir que por asuntos que a mí me importarán un comino, aunque usted ponga todo su interés en ellos...

CORBACHO

Interrumpiéndole.

¡Chs! Pare el auto el señor. *Haciendo más pícara su sonrisa.* ¡Conque este asunto le importará a usted un comino! ¿Tiene usted los millones a puntapiés? Porque, si no los tiene, no creo que deba permitirse el lujo de hacer esperar a los que le traen dinero.

FERNANDO

Pasando de golpe de la ira a la ansiedad.

¿Que usted me trae dinero?

CORBACHO

Entregándole la cartera.

Si esto no es dinero...

FERNANDO

Con una emoción enorme.

¡Mi cartera!

CORBACHO

Con gracejo.

Que me pesaba demasiado para tenerla cinco o seis horas más en el bolsillo, señor Urbina.

FERNANDO

Avergonzado.

¡Dios mío, y yo que le miraba a usted con rabia y le hablaba con descortesía como a un impertinente...! ¡Perdóneme usted!

CORBACHO

Riéndose a carcajadas.

Pero, ¡si me he divertido la mar!

FERNANDO

Con vivísima emoción.

¡Es que usted no se puede imaginar lo que le debo! ¡Es que usted no sabe lo que significa para mí esta cartera!

CORBACHO

¿Cómo que no? ¡Un pellizco de más de cinco mil duros...! Por eso, en cuanto me enteré, cogí un coche, le di al cochero la dirección que había en sus tarjetas, y desde su bufete me vine aquí, porque me aseguraron que aquí estaría usté.

FERNANDO

Tímidamente.

Usted, por su aspecto, no es hombre a quien se pueda recompensar con unos billetes... Así es que... ¿me permite usted que le abrace?

CORBACHO

En cuanto vea usted lo que contiene la cartera.

FERNANDO

En tono de afectuosa protesta.

¿No lo sé? ¿Acaso iba usted a entregármela si no contuviese lo que contenía?

CORBACHO

Rechazándole para que no le abrace.

No. Antes, cuente el dinero.

FERNANDO

Resistiéndose.

Amigo mío, permítame usted que le diga que su delicadeza es exagerada. Sería vergonzoso que yo...

CORBACHO

Persuasivo.

Sea lo que sea. Déme usté gusto, caray.

FERNANDO

Resignándose.

¡Qué le puedo negar! *Saca de la cartera un fajo de billetes, y, con visible violencia, se pone a contarlos.* ¿Veintiséis? No; me he equivocado. Había veintisiete.

CORBACHO

Con un gesto y un tono de truhanería indescriptibles.

Había. *Después de unos instantes de silencio.* No se ha equivocado usted.

FERNANDO

Boquiabierto de asombro.

Pero...

CORBACHO

Dándose golpes sobre su cartera.

Mil pesetas están aquí. *Callan unos segundos. Fernando asombrado y su visitante risueño.* Me ha sido usté muy simpático, me parece usté una gran persona, y me dolería que este detalle mío le disgustara. De verdá. Pero yo, que conozco el mundo, no me fío más que de mis amistades—y poco—y no he querido exponerme a una ingratitú.

FERNANDO

Sin salir de su pasmo.

No sé qué decirle. Quizás haya usted hecho bien... aunque conmigo no se habría expuesto a

que le defraudase el egoísmo. Y esta es la prueba. *Alargándole el fajo de billetes.* ¿Quiere hacerme el honor de tomar los que guste?

CORBACHO

¡Quiá, hombre, quiá! *Satisfecho de su perspicacia.* ¡Cuando digo que me parece usté una gran persona!...

FERNANDO

No me desaire. Tome los que le hagan falta. *Corbacho sonríe, negándose.* ¡Tómelos! Se los ofrezco de corazón.

CORBACHO

Sonriente.

Así, menos todavía. Seria estropear mi acción. *Con dignidad.* He cobrado mi trabajo, como es justo, y a pesar de que no soy rico, no acepto ni una peseta más.

FERNANDO

Pero el trabajo de vencer, siendo pobre, a la tentación escondida en una cartera con un caudal, que se encuentra uno..., ese trabajo no se paga con cuatro mil reales.

CORBACHO

Riéndose, cada vez más contento.

¡No, no! Se equivoca usté. No me ha entendido. A lo que yo le llamo mi trabajo no es a la devolución de la cartera... porque no me la encontré.

FERNANDO

Desconcertado.

¿Cómo que no se la encontró?

CORBACHO

Bueno. En realidá, me la encontré, porque aquello fué encontrársela; pero... en su bolsillo.

FERNANDO

Estupefacto.

De modo que usted...

CORBACHO

Sin pensar en avergonzarse, pero lejos de un cínico orgullo.

Se la "distraje". Sí, señor. Es mi oficio. De todo ha de haber en el mundo... y todo hace fal-

ta. Un viejo de los de mi cuerda, que ha vivido más que diez como yo, dice que el pobre se descrisma para que cobre el rico, y que el rico negocia para que nosotros, los del arte, triunfemos, y que nosotros ganamos para que ascienda la magistratura, y que la magistratura condena para que no le falte el cocido al verdugo, y que el verdugo ahorca para que se alimente el gusano, y que el gusano engorda para que se lo trague el pez, que caerá, por fin, en el estómago del pobre. Es curioso, ¿no?

FERNANDO

Lo curioso, y lo increíble, y lo inexplicable es que, dada su profesión, me devuelva usted el dinero.

CORBACHO

Con naturalidad.

¿Y la carta?

FERNANDO

¿Qué carta?

CORBACHO

La de su madre de usté. ¿Se figura usté que los cazadores de carteras no tienen nada en el lao izquierdo?

FERNANDO

Con admiración.

¡Ah!

CORBACHO

A mí el oficio no me ha quitado la honradez. Y como es mucha carta la carta, y como mi madre también tuvo un huertecillo donde me criaron, y como—no vale reirse—, y como me tira la poesía... pues ahí ve usté.

FERNANDO

Después de una pausa.

Ahora, ¿puedo darle el abrazo?

CORBACHO

Riéndose.

Y se lo devolveré con todo mi corazón. *Se abrazan.* Y voy a "osequiarle" con un consejo: Abróchese el bolsillo interior de la americana. Ese botón seguramente fué inventado por un sastre que había sido carterista y que nos quiso reventar. Él solo vale tanto como una pareja de civiles.

FERNANDO

¿Lo llevaba desabrochado?

CORBACHO

¡Como que dí el golpe por compromiso! Iba yo hasta sin ayudante.

FERNANDO

En el Banco, ¿verdad?

CORBACHO

En el tranvía. Cuando fué a bajar aquel caballero gordo que le empujó. Usté me miraba el alfiler. ¿No se acuerda?

FERNANDO

¡Toma...! Ahora caigo. De eso le conocía.

FAUSTA

Desde la puerta.

¿Da usted su permiso?

FERNANDO

¿Qué desea, Fausta?

FAUSTA

Que está ahí el caballero que esperaba usted.

CORBACHO

A la criada.

¡Buen quite! ¡Ole! *A Fernando.* Es para que me largue...

FERNANDO

A Fausta, que se apresura a retirarse.

Que ya voy. *A Corbacho, riéndose.* ¡Si supieran lo que me ha traído usted!

CORBACHO

Riéndose también.

Pero como no lo saben... Bueno, que le aguardan. Me voy.

FERNANDO

Abre la petaca y le ofrece un habano.

Un cigarro.

CORBACHO

No, gracias.

FERNANDO

¿Tampoco?

CORBACHO

Con sencillez.

No fumo ni bebo. No tengo vicios.

FERNANDO

Apretándole la diestra.

Pues no olvide que si algún día le puedo servir, le serviré con toda mi alma.

CORBACHO

Sonriéndose.

Siempre que no sea porque me hayan pescado... Vaya, buenos días.

FERNANDO

Buenos días, amigo.

CORBACHO

Deteniendo a Fernando, que le va a acompañar.

No se moleste. *Con malicia.* Esta casa es sagrada.

FERNANDO

¡Por Dios!

Sale Corbacho con la misma desenvoltura que entró, riéndose a carcajadas; en seguida invaden el salón NINA, DOÑA PURA, ALFONSO *y* DON MARTÍN.

NINA

¡Hijo, qué lata! ¡Va a enfriarse el almuerzo!

FERNANDO

¿Lata? ¿Es un latoso el señor que nos obsequia con este postre?

Muestra la cartera.

NINA

Loca de júbilo.

¡Ay, Virgen santísima! ¡La cartera!

DOÑA PURA

¡La cartera! ¡La cartera!

ALFONSO

Estupefacto.

¡Le han devuelto los cinco mil duros!

DON MARTÍN

Pasmado.

¡Enorme! ¡Brutal! ¡Devolver cinco mil duros!

NINA

Pero, ¡cuenta, criatura! ¡No te hieles! ¡Habla...! ¿Conoces a ese caballero?

DON MARTÍN

Sarcásticamente.

¡Yo, sí! ¡Es un mirlo blanco!

NINA

Sin duda. ¡Un mirlo blanco! *Á su novio.* Pero, ¿quién es?

FERNANDO

Ese caballero... es un ladrón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita de trabajo en casa de Fernando. A la derecha hay una puerta que comunica con el bufete; a la izquierda otra, que da a una biblioteca, y otra al fondo, que une el departamento del abogado al interior de la casa. Frente a la biblioteca se ve una gran mesa de roble, sin cajones, atestada de legajos y libros, y una pequeñita, de roble también, que sostiene una máquina de escribir. Entre la puerta de la biblioteca y la pared del fondo hay un mueble que oculta una caja de caudales. Dos lujosos estantes y unos cuantos sillones de cuero completan el menaje de la habitación.

BERNAL, *sentado a la mesita, termina de copiar una carta cuando entra* DON MARTÍN *por la puerta del fondo. El viejo viste un traje flamante, y trae un hermoso clavel en la diestra.*

DON MARTÍN

Salud, joven.

BERNAL

Levantándose.

Buenas, don Martín.

DON MARTÍN

No se moleste.

BERNAL

Afable.

Es que he terminado.

DON MARTÍN

Ah, muy bien. Pues ya que ha terminado y no le distraigo, dígame, y disimule mi pregunta, que es, más que una pregunta, una recomendación: ¿Por qué no se tiñe?

BERNAL

Un poco desconcertado.

Pero, don Martín... Yo nó tengo canas todavía.

DON MARTÍN

Si las tuviera, no le recomendaría que se tiñese.

BERNAL

Es que... no me disgusta mi pelo, y usted perdone. Además, este pelo tiene una ventaja: que nunca se cae.

DON MARTÍN

Horrorizado.

¡Ni siquiera se cae...! ¡Y a eso le llama usted una ventaja! Pero no insisto. A otra cosa, joven Bernal. ¿Quiere decirme si ha entrado mi hija en el bufete? NINA, *elegantísima, con unos soberbios pendientes de brillantes, entreabre la puerta del bufete, y don Martín, al verla, se pone la mano en la rabadilla y oculta el clavel.* No me diga nada, joven Bernal, o dígamelo, si no quiere privarse de tamaña satisfacción.

BERNAL

Riéndose, pero completamente cortado.

¡Qué cosas tiene usted, don Martín!

NINA

A su marido, que está en el bufete.

Bueno. Sí... adiós... *Corriendo hacia su padre.* ¡Papá, señor papá...! ¿No se avergüenza usted de su tardanza? *Muy severa.* ¡En un día como hoy! *Riendo y enseñándole los pendientes.* Pero mira, mira el regalo de mi Fernandín.

Bernal se va al bufete.

DON MARTÍN

Con aire de suficiencia.

Bonitos... No se ha portado muy mal... *Melancólico.* En cambio tu padre...

Retira, con lentitud, de la rabadilla la diestra y le ofrece el clavel.

NINA

Con muchos aspavientos.

¡Ay, ay, ay...! ¡Ay, qué hermosura! ¡Ay, qué asombro!

DON MARTÍN

Con humildad y efusión.

En mi pobreza, me conformo con ofrecerte esa flor, que no tiene más que un mérito: el de ser tu mejor retrato.

NINA

Riéndose.

¡Qué galante! Pues más que todos los regalos, agradezco el de mi papá. *Cariñosa.* Pero no debías haber salido con un tiempo tan horrible.

DON MARTÍN

¿Y te iba a faltar mi presente el día de tu cumpleaños? ¡Muchacha...! No a pie, sino de rodillas, hubiese atravesado las calles para que no te faltara, por primera vez, mi recuerdo.

NINA

Asombrada.

¿Que has salido a pie...? Entonces, ¿para qué sirve el automóvil?

DON MARTÍN

Es que... *Fingiendo que se contiene.* ¡Pero, no, no! ¡Qué sandez!

NINA

Con seriedad.

¿Qué ha pasado?

DON MARTÍN

¿Qué ha de haber pasado...? Y aunque hubiese ocurrido cualquier tontada, ¿sería discreto que te la refiriese... hoy? Hoy, ¿te iba a lastimar con un disgusto?

NINA

Con testarudez.

No, papá. Déjate de discreciones, y no me des el disgusto de ocultarme las cosas. ¿Qué ha ocurrido?

DON MARTÍN

Como si le contrariase formular la denuncia.

Pero si ya he dicho que es una tontada... ¿Qué importa que salgamos a pie una temporadilla...? ¡Cuando haya otro *chauffeur...!*

NINA

Con sorpresa.

¿Otro *chauffeur?*

DON MARTÍN

Puesto que Fernando ha despedido a Julián...

NINA

Y... ¿por qué?

DON MARTÍN

¡Por qué...! Porque le admitió por mí, lo cual demuestra que mi influjo en la casa es conmovedor.

NINA

Irritada.

¡No, no, papá!

DON MARTÍN

Simulando una cándida confusión.

¿Ves...? ¡Ya se apenó mi niña! ¡No te disgustes tú, tesoro mío!

NINA

¿No me he de disgustar?

DON MARTÍN

Pues no te debes disgustar. ¡Ea, boca arriba las cartas! ¿Te figuras que eso de que me den el

mismo valor que a un cero a la izquierda me quita las ganas de comer...? ¡Bah...! Si procediesen de tí las desconsideraciones, me desgarrarían el corazón; pero procediendo de tu marido...

NINA

¿Y si te has engañado...? ¡No es posible que haya despedido al *chauffeur* por contrariarte!

DON MARTÍN

¡Ojalá!

NINA

¿No me crees? *Con resolución.* Te vas a convencer. Entra en la biblioteca.

DON MARTÍN

Como si se violentase.

Pero, hija mía...

NINA

Empujándole.

Entra. *Se refugia don Martín en la biblioteca y Nina entreabre la puerta del bufete, llama con la mano y acude* BERNAL. Dígale al señor que le espero.

BERNAL

Con mucho gusto.

Vuelve al bufete.

DON MARTÍN

Asomándose a la puerta.

Nina... ¡tacto, por Dios!

NINA

Irónica.

Ya verás el tacto.

DON MARTÍN

Que yo no quiero infernar matrimonios... Que me contentaré con que Fernando me indemnice de la humillación, como se le antoje...

NINA

Bajando la voz y con mucha energía.

¡Vete!

Se retira don Martín rápidamente, y entra FERNANDO *por la derecha. Ya no estropea los chalecos con horribles corbatas; viste con severidad y distinción, y aunque ha vuelto a decorarse el rostro con una fina barbita y unos poblados bigotes, no parece un hombre vulgar, como opina su mujer.*

FERNANDO

Afable.

¿Qué desea mi pajarín?

NINA

Con el gesto precursor de las grandes borrascas.

Parece mentira que hayas elegido el día de hoy para mortificarme.

FERNANDO

Sin tomarla en serio.

¿Ya no te agradan los pendientes?

NINA

¡No, no te quieras escapar recordándome el regalo!

FERNANDO

Alzando la cabeza para ventear.

Me parece... Porque este cambio tan rápido y tan gordo no es obra de tu capricho... Me parece que tu insuperable papá ha estado aquí. Lo presiento. Huele a zorro.

NINA

¿Te burlas?

FERNANDO

Con una indulgencia un poco desdeñosa.

¿Yo burlarme de mi pajarito? *Acariciándola.* Vamos, vamos, no seas chiquilla.

NINA

Tocando la cuerda de la sensibilidad.

¡Sí, muchas caricias...! Y luego... *Con súbita cólera* ¿Por qué has despedido al *chauffeur?*

FERNANDO

Con aire de triunfo.

¿Ves cómo ha pasado por aquí tu inquietador, sorprendente y pintoresco papá? ¿Ves cómo mi nariz no me engaña? ¡Si deja un olorcillo a zorro inconfundible!

NINA

¡No hablamos de mi padre, sino del *chauffeur!* ¿Por qué le has despedido...? ¡Di! ¿Te has pro-

puesto tenerme presa? ¿Te has empeñado en que no salga si se me antoja salir?

FERNANDO

Sonriéndose.

¿Y quién aprisiona á un pajarillo...? No, hija mía. Hoy no se te ocurrirá salir. Y mañana tendremos un *chauffeur* mejor que Julián.

NINA

¿Mejor porque no le habrá recomendado mi padre?

FERNANDO

Nina, no seas tan ligera. El *chauffeur* nuevo será mejor, porque no tendrá tan garrafales defectos como el que se ha ido, que era un águila para robar. ¿No sabes que metía el auto en el taller de reparaciones, sin estar descompuesto, y que, cuando lo estaba, por composturas de diez duros, ponía cien...? Pero, en fin, por eso no le he despedido, porque su cómplice, el dueño del taller, es socio capitalista de tu papá, y yo gozo protegiendo á los parientes emprendedores.

NINA

Exaltada, mas con un principio de temor.

¿Y crees semejante calumnia?

FERNANDO

Con gravedad.

¿Calumnia? Jamás haría una afirmación de esa índole sin poderla probar.

NINA

Esquivando la cuestión.

¿Con la palabra de cualquier enemigo de mi padre...? ¡Bien, hombre! ¡Muy bien!

FERNANDO

Conciliador.

Vamos, basta de tontadas. No quiero que padezca mi pajarín por naderías que no puede evitar.

NINA

Cambiando de táctica y convirtiendo su furia en languidez sentimental.

¿No he de padecer tratándose de mi padre...? Es que tú ni siquiera le estimas y todo lo suyo te parece mal.

FERNANDO

Me parece mal todo lo suyo que afloja extraordinariamente mi bolsa. Y ya que hablamos de ciertos abusos, ¿me quieres permitir que, con la debida consideración, le suplique á tu mamá que regrese?

NINA

Sulfurándose.

¿A mamá...? De modo que por hacernos un favor se va a Santander, para arreglarnos el hotelito...

FERNANDO

Precisamente por el hotel, y contando con tu permiso, voy a rogarle, con mucho respeto y con una ternura filial, que vuelva a Madrid. Me consta que desea favorecernos y que cree que nos favorece. Le hago justicia. Pero... si me lo consientes, te diré lo que nos cuesta ya su favor. *Sacando unas facturas.* Siete mil y pico de pesetas. ¡Y el pico es de pelícano! ¿Y sabes en lo que ha gastado las pesetas...? En arrancar los frutales que había en el jardín—árboles groseros que daban peras, guindas y granadas—para plantar ár-

boles distinguidos, que no dan ni sombra, pero que tienen unas líneas de una elegancia fenomenal.

NINA

¿Íbamos a veranear en una huerta...? ¡Avaro, tacaño! ¡Con la enormidad que ganas! ¡Si te gusta más que todo el dinero!

FERNANDO

Si me gustase más que todo, me habría casado, como tu primo, con la hija de un usurero, y hoy, si no los diez millones que él posee, poseería uno o dos. Pero, aunque no más que todo, me gusta como debe gustar, y me da lástima de que el que adquiero con mi inteligencia lo derrochen los que nunca han sabido ni querido trabajar.

NINA

Dolida.

Mi padre querría trabajar.

FERNANDO

Conciliador.

Con que trabajara en hacerte cambiar de hábitos... Porque mi pajarito es tan... tan...

NINA

Apenada.

Tan borrica. Dilo. ¡Si, comprendo que me llamas pájaro con intención, para darme a entender que mi cabeza está huera! ¡Si no me quieres! ¡Si no te importo nada! ¿Qué significo yo para ti?

FERNANDO

Con sincera efusión.

A pesar de los pesares, media vida.

NINA

Apesadumbrada.

Media vida, media vida... *Con una cólera pueril.* ¡Niega que te has vuelto a dejar la barba por mortificarme! ¡Atrévete!

FERNANDO

Riéndose.

¿No lo he de negar?

BERNAL

Desde la puerta del bufete, sin abrirla, y avisando antes de hablar con unos golpecitos.

¿Me permite usted?

FERNANDO

Adelante, Bernal.

BERNAL

Está ahí el señor Garzón.

FERNANDO

Bien. Que voy al momento. *Retorna Bernal al bufete.* Perdona, pajarito.

Se va al bufete, y en seguida entra Don Martín.

DON MARTÍN

Llevándose las manos a la peluca.

¡Enorme...! ¡Inaudito...! ¡Descomunal...! ¡Viva España...!

NINA

¿Qué dices?

DON MARTÍN

¡Que viva España, asombrosa nación que produce fenómenos como tu marido!

NINA

Reconviniéndole.

Pero, ¿has escuchado...? ¡Oh, papá!

DON MARTÍN

Con indignación.

Pues ¿para qué me hiciste esconderme en la biblioteca? ¿No me exigiste que escuchara?

NINA

Ingenuamente.

Porque me figuré que tenías razón.

DON MARTÍN

Con energía.

¡Y la tengo! ¡Y tú también la tienes...! ¿Vas á dejarte embaucar por ese rabulilla? ¡Picapleitos, embrollón, farsante!

NINA

Con malicia.

Sí; pero lo del *chauffeur* y las composturas... por lo menos es un abuso.

DON MARTÍN

¡Si es falso! Pero, ¿qué ha de esperarse de un alma de prestamista...? ¡Cuidado que hace falta tupé para protestar contra una señora por el crimen de haber arrancado unos indecentes ciruelos y media docena de peraluchos...! Por lo visto ese Justiniano quería negociar con su fruta.

NINA

Malignamente.

Ahora exageras tú, papá. Fernando no es un picapleitos ni tiene alma de prestamista.

DON MARTÍN

Y yo, ¿soy un zorro? ¿Huelen a zorro las habitaciones por donde yo paso? *Nina se echa a reir.* Ah, ¿te ríes...? Dejas que tu marido me insulte, sin defenderme; le defiendes cuando, como un hombre digno que soy, le ataco, y al defenderme yo... te ríes. ¡Colosal, magnífico, estupendo...! ¡Viva España!

NINA

Riéndose.

Estás muy gracioso, papá.

DON MARTÍN

¡Así! ¡Después de la injusticia, la burla! ¡Viva España!

ALFONSO *entra por la puerta del pasillo; se ha quitado el bigote y la barba, y al adquirir los millones de su suegro ha perdido parte del buen humor que le debía a la miseria. Viste un pantalón a rayas, obscuro, más inglés que Nelson, una americana azul de un corte arrebatador y un gabán de pieles fastuoso. En el meñique de la diestra luce un brillante como un garbanzo y en la corbata una perla como una aceituna.*

ALFONSO

Con honra, que es el viva castizo.

DON MARTÍN

Con honra, porque aún quedan hombres de tu linaje; que si no... Y bueno está lo bueno, y pararé la jaca para no atropellar. ¡Hasta la vista!

Sale por el pasillo como un rehilete.

ALFONSO

Estupefacto.

Adiós, tío. *A Nina.* ¿Qué le pasa?

NINA

Es graciosísimo. Corre para cortar una conversación en la que no me tenía de su parte.

ALFONSO

Pero, ¿hay quien te pueda tener de su parte? ¿Hay algún mortal tan dichoso... aunque se afeite por ti?

NINA

Coqueteando.

Hace poco lo era mi marido, a pesar de sus barbas.

ALFONSO

Moviendo la diestra, con el índice y el meñique muy tiesos.

¡Lagarto, lagarto!

NINA

Riéndose.

¿No debo nombrar a mi marido?

ALFONSO

Hoy no. Hoy no es día de purgatorio, sino de cielo. *Sacando un estuche.* Y permíteme que al felicitarte me dé la satisfacción de ofrecerte esta cosilla.

NINA

Fingiendo una gran sorpresa.

Pero, ¿te has acordado...?

ALFONSO

¿Se me iba a olvidar la fecha del nacimiento de Venus y del primer aniversario de la muerte —¡gracias, Señor!—de mi papá político?

NINA

Contemplando el collar de brillantes que encierra el estuche.

¡Qué preciosidad, Alfonso...! ¡Qué maravilla! *Obsequiándole con el mohín galvanizador.* ¿Sabes que tienes muy buen gusto?

ALFONSO

Besándole la mano.

Me gustas tú...

NINA

Por el collar.

¡Admirable, lindísimo! *Protestando al recibir otro beso, pero sin enfadarse.* ¡Vamos, no seas bobín! *Admirando nuevamente el collar.* Pero, ¡es soberbio! ¡Es digno de una reina!

ALFONSO

Con modestia.

Pasable nada más. *Le besa la mano dos o tres veces sin que se dé cuenta Nina, que se ha entenebrecido de pronto.* Pero, ¿te has entristecido?

NINA

Como rematando un monólogo mental.

¡No, no es posible!

ALFONSO

Asombrado.

¿Qué no es posible?

NINA

Irritada.

¡Más valía que no me lo hubieras comprado! ¡Y yo que, sin caer, pensaba ya en ponérmelo...! *Con pena.* Llévate el collar.

ALFONSO

Estupefacto.

¿Que me lleve el collar? ¿Por qué?

NINA

Pero, ¿te figuras que no es seria la prohibición de Fernando?

ALFONSO

Desdeñoso.

¡Ah...! Pues sí; me figuro que no es seria y no la tomo en serio.

NINA

¡Con que la tome yo...! No consiente que admita regalos tuyos.

ALFONSO

Con sencillez.

¿Y qué hago yo, entonces, de mi renta?

NINA

Jugarla, o tirarla, o guardarla. Mi marido dice que nosotros no somos los culpables de que seas millonario.

ALFONSO

Escandalizado.

¡Los culpables...! ¡Como si el ser millonario constituyera una desdicha! *Apoyándose el índice en la sien y moviéndolo cual si se la quisiera horadar.* ¿Estará tu marido...?

NINA

De orgullo, sí está loco.

ALFONSO

Con petulancia.

Y quizás tenga yo la suerte de que también esté celosillo de mí. Eso explica sus incorrecciones.

Entra Don Martín *por la puerta del fondo.*

DON MARTÍN

¿Te refieres a las del picapleitos? ¡Si devolviese yo las que me trago...! Pero hay que digerirlas, hay que aguantar las bofetadas morales, que son las que más nos duelen a los hombres que heredamos la elegancia de espíritu. *Al ver la joya.* ¡Caray! Esto quita las penas. *Cogiendo el collar.* ¡Asiático, regio...! ¡Completamente asiáti-

co! ¿Y cuántas estrellas hay en la constelación? *Contando.* Una, dos...

ALFONSO

Resplandeciente.

No se moleste. Veinticuatro. Me acordé de la edad de Nina...

DON MARTÍN

¡Bravo! ¡Si te ha salido una poesía, Alfonsín! Te voy a abrazar. *Abrazándole.* Eso es tener ideas delicadas y galantes. *A Nina.* Que aprenda el zamacuco de tu marido. *Por el collar.* Póntelo, a ver si se le sube el color alguna vez.

ALFONSO

¡Si me lo ha rechazado!

DON MARTÍN

Con indignación.

¿Que te lo ha rechazado? *A Nina.* ¿No se burla de mí?

NINA

Displicente.

No.

DON MARTÍN

A Alfonso, después de unos instantes de silencio.

¿No te ha mordido...? Porque, aunque tiene los ojos serenos y la cara plácida, ¡está loca!

NINA

Demasiado sabes que no me lo puedo poner.

DON MARTÍN

¡Ah, vamos...! No está loca: está mema, y se resigna a que la esclavice su marido. Pues, hija de mi alma, no hay salvación para ti.

NINA

Acongojada.

¿Y qué he de hacer?

DON MARTÍN

Con energía.

¡Rebelarte! Es graciosa la pregunta. ¿Por qué no has de aceptar lo que se te antoje de Alfon-

so? ¿No comprendes que, tratándose de tu primo, la prohibición es afrentosa?

ALFONSO

¡Lo mismo pienso yo!

DON MARTÍN

¡Afrentosa, verdaderamente indigna!

NINA

¡Sí, cierto! Y lo peor es que en ese punto Fernando no cederá. ¡Si hubiera algún modo de ocultarle que has comprado tú la alhaja...! Pero, no siendo tú, ¿quién me la iba a regalar? *Gimotando.* ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Mire usted que es mala suerte...! *Con ira.* ¡Quisiera reñir con alguien, pegarle a alguien, romper algo...!

Tira unos legajos.

DON MARTÍN

Recogiéndolos.

No, tesoro. Esto es dinero, y no se tira. Rebélate contra tu marido; pero no le hagas perder el dinero, porque lo perderás tú. *Asaltado de súbito por una idea.* ¡Oh...! ¡Ah, qué idea...! ¡Ah, qué rayo de luz!

NINA

Esperanzada.

¿Qué se te ha ocurrido?

DON MARTÍN

Triunfalmente.

¡Tuyo es el collar!

NINA

Con la voz trémula de alegría.

¡Cómo!

DON MARTÍN

Antes de media hora te lo ofrecerá tu propio marido. *Mirando hacia la puerta del bufete.* ¡Usted mismo, ilustre rabulilla, o soy yo un mosquito y no un zorro!

NINA

Pero...

DON MARTÍN

¡No! Mi sainete me lo reservo. No me gusta lucirme. Dame la joya. Y largo de aquí los dos, que voy á maniobrar.

ALFONSO

Viendo la perplejidad de Nina.

Anda. Cuando él lo afirma...

DON MARTÍN

Pavoneándose.

Es porque puedo afirmarlo.

NINA

Con efusión.

¡Ay, papá! ¡Si lo consigues...!

DON MARTÍN

¡Nada de ofrecimientos! Si lo consigo, con un beso tuyo cobraré usurariamente.

NINA

Pues como te daré mil, ahí va uno adelantado.

Le besa y se marcha por el pasillo con Alfonso. Don Martín entreabre la puerta del bufete, llama gesticulando y acude BERNAL.

DON MARTÍN

¿Hay muchos "paganos"?

BERNAL

Ahora, ninguno.

DON MARTÍN

Sonriéndose.

¡Al pelo! Por esa noticia le voy á premiar con una lección. Fíjese el honrado joven. *Enseñándole el collar.* ¿Qué es esto?

BERNAL

Con la timidez del que teme una burla.

Un collar.

DON MARTÍN

¿De veras?

BERNAL

De veras.

DON MARTÍN

De modo que esto, según usted, joven dignísimo, es un collar. Y hasta afirmará usted que es de brillantes engarzados en platino.

BERNAL

Tornando a examinar la joya.

Y de brillantes buenos. Yo he sido dependiente en una joyería.

DON MARTÍN

Como si se maravillase.

¡Caray!

BERNAL

De seguro que ha costado más de cuarenta y cinco mil pesetas.

DON MARTÍN

Pues bien, joven nota de color; esta joya, aunque parece un collar, no es un collar, sino una reala, y sus piedras, aunque parecen brillantes, no son brillantes, sino galgos. Galgos que van a cazar una liebre. En el mundo, joven can-

doroso, no se debe juzgar nada por su aspecto. No olvide la lección, y llame ahora con toda la cortesía, con toda la blandura, con toda la consideración y con todo el respeto debidos á su magnánimo principal. *La nota de color, moviendo la cabeza con el disgusto y el recelo del que trata con un loco, penetra en el bufete. Don Martín guárdase la joya y ensaya varias sonrisas.* No, no es hábil recibirle sonriendo. Severidad; una severidad un poco melancólica. *Al entrar* FERNANDO *colócase en una postura de víctima que, á su juicio, es muy interesante, y comienza a hablar aflautando la voz.* Pasa, hijo mío. Tranquilidad, que no vengo a recriminarte.

FERNANDO

Despreciativo e iracundo.

¿Eh?

DON MARTÍN

Impertérrito.

Que no vengo a recriminarte. ¿Recuerdas unas famosas palabras que pronunció Aparisi y Guijarro en cierta solemnísima ocasión?

FERNANDO

Con acritud desdeñosa.

¿Qué demonios se propone usted, y para qué me recomienda que esté tranquilo, si no he pen-

sado en alborotarme...? Y en cuanto a lo de recriminar, el zorro ¿tendrá la avilantez de hacerle cargos al dueño del gallinero?

DON MARTÍN

Tragando bilis.

Hombre, tienes defectillos, como todo el mundo; pero, aunque sólo sea por tu sinceridad, hay que perdonártelos. ¡Bien, caramba, bien! Maltrata a este pobre caballero derrotado por la suerte, si estás ofendido con él. Maltrátalo, que él sabe levantar su corazón para que pasen por debajo las injurias, sin herirle. Y estas son las famosas palabras que te quería recordar.

FERNANDO

Con una indignación que sonríe para no rugir.

Talma, junto a usted, hubiera sido un cómico de tres al cuarto.

DON MARTÍN

Calmoso.

¿Cómo debo interpretar esa afirmación? ¿Significa que estoy representando una comedia y que soy un farsante? *Con una emoción muy bien simulada.* Fernando, no esperaba que me hirieses

con tal ferocidad. Venía yo a decirte que me habían calumniado al afirmar que el dueño del taller de reparaciones era mi socio; venía a manifestarte que, aunque le habías dado crédito a la calumnia con una facilidad ofensiva para mí, te perdonaba, y tú...

FERNANDO

Y yo soy tan ingrato, tan perverso... que le lastimo en su delicadeza de sensitiva.

DON MARTÍN

Enérgicamente.

¡Así es! Cuando voy a devolverte bien por mal, cuando me acerco a ti... con ternura—¡con ternura, porque al fin eres mi hijo!—me llamas farsante. ¡Farsante un hombre que va a pagar una injusticia escarnecedora con un beneficio!

FERNANDO

¿Que yo voy a recibir un beneficio de usted? Pero, dígame: ¿es que le parezco tan irremediablemente bobo, tan absoluta e increíblemente idiota, que cree que me puede engatusar de nuevo...? ¡Bah...! Telón, señor mío. Se acabó el sainete. No insista, que Julián no volverá a mi casa.

DON MARTÍN

Pisando por primera vez terreno firme.

¿Y quién te ha dicho que deseo yo que vuelva?

FERNANDO

Un poco desconcertado.

Entonces, ¿qué urde usted...? Porque usted a humo de pajas, desinteresadamente, no me ha llamado.

DON MARTÍN

Como reprimiendo la ira.

Merecías que me diese un punto en los labios y que me marchara. Pero cada uno es como Dios ha querido que sea. *Dándole el estuche.* ¡Toma, ingratón!

FERNANDO

Después de examinar el collar.

Y ¿qué hago yo con esto?

DON MARTÍN

¿No te bastará con hacer un negocio...? Esa joya, que vale setenta mil pesetas, la vende un amigo mío en quince mil. ¿Continúo hablando?

FERNANDO

Con frialdad.

Si va a proponerme que la compre, no siga. Porque comprar en quince lo que vale setenta es un robo y yo no sirvo para robar.

DON MARTÍN

Sinceramente enfadado.

¡Qué disparate! En ese caso, todos los que comercian serían ladrones. Además, yo he cogido esa alhaja de manos de un usurero, que se quedará con ella esta noche si no la compras tú, y el perjuicio lo sufrirá él, no mi amigo.

FERNANDO

Ya eso varía. El que roba a un ladrón... Pero queda el rabo por desollar. *Mirando a don Martín con agudísimo recelo.* ¿No es pasmoso que usted me proporcione por quince mil pesetas una joya que vale setenta mil?

DON MARTÍN

Dolorido.

Para los que me crean un farsante... Pero así son mis farsas.

FERNANDO

Después de un momento de reflexión.

¡Quiá! *Devolviéndole el estuche.* ¡A otra puerta! ¡Me escamo!

DON MARTÍN

Gravemente.

Supongo que no hablarás en serio.

FERNANDO

Con sequedad.

¿Bromeo yo con usted...? Repito que me escamo, y lo repetiré cien veces. ¡Me escamo, señor! ¡No me fío de usted, señor! ¡No concibo que usted me regale un buen negocio...! La polilla hace agujeros en la madera, no los tapa.

DON MARTÍN

Con una jovialidad que oculta un comienzo de alarma.

Fernando, que eres mi hijo político. *Recalcando.* "Político", Fernando.

FERNANDO

Con agresividad.

¿Qué ocurrió con los tapices? ¿No me sacó por ellos cinco mil pesetas y no habían costado doscientos duros?

DON MARTÍN

Con viveza.

¡Pero el collar lo garantizo yo!

FERNANDO

Como una bala.

¿Y no garantizó los tapices?

DON MARTÍN

Es que entonces me engañaron.

FERNANDO

Con socarronería.

Y ahora, ¿no le han podido engañar?

DON MARTÍN

Molesto.

Hijo mío, con esas desconfianzas, no conseguiremos entendernos. ¿Qué sospechas? ¿Que son falsos los brillantes? Pues que te informe Bernal, que ha servido en una joyería. *Llamando.* ¡Bernal!

FERNANDO

¡Ah! Es cierto. Muy bien. *A* BERNAL, *que entra por la puerta del bufete.* Dígame, Bernal: ¿qué valdrían estos brillantes si fueran buenos?

DON MARTÍN

Con una modestia de zorro.

Ya me ha dicho a mí que son buenos.

FERNANDO

¿Y lo son, realmente?

BERNAL

Sí, sí. Claro. *Después de examinar la joya.* Es un collar de diez mil duros.

FERNANDO

Gracias. Puede retirarse.

Se va al bufete Bernal.

DON MARTÍN

Con socarrona lentitud.

¿Y ahora?

FERNANDO

Después de mirarle con fijeza unos momentos.

Ahora... no estoy escamado como antes.

DON MARTÍN

Con aire de triunfo.

¡Gracias al Santísimo!

FERNANDO

Ahora mi escama es mucho mayor.

DON MARTÍN

Herido en sus ilusiones.

¡Fernando!

FERNANDO

¡Ahora estoy admirado, espantado, absorto...! ¡Un buen negocio por usted, cuya vecindad solamente es ya un negocio de los que arruinan...! Usted... ¡dándome dinero!

DON MARTÍN

¡Fernando!

FERNANDO

Disparado.

¡Si sus intestinos, convertidos en cuerdas, se pusieran en un violín, en cuanto los rozara el arco pedirían veinte duros!

DON MARTÍN

Con la risa del conejo.

Hombre, eso tiene gracia. Y yo, en teniendo gracia las cosas...

FERNANDO

Eso no tendrá gracia; pero es verdad. Y, siéndolo, ¿quiere que no me pasme al ver que me regala siete mil duros?

DON MARTÍN

Con picardía.

Seis mil.

FERNANDO

Es igual.

DON MARTÍN

Fingiendo una graciosa confusión.

No. Entiéndeme. Digo seis mil, porque mil... se quedarán entre mis manos.

FERNANDO

Con el júbilo del que ve aclarado un enigma que le inspiraba miedo.

¡Acabáramos! ¿Por qué me ha asustado usted, disfrazándose con una careta de ancianito virtuoso, en vez de lucir su cara de comerciante? ¡A lo suyo, a lo suyo con sinceridad, Talma!

DON MARTÍN

Cínicamente.

Pues a lo mío. Vengan las pesetas. El dueño del collar las necesita para pagar una deuda de juego esta misma noche.

FERNANDO

Sacando dinero de la caja.

Las pesetas. Quince billetes grandes. No tengo más. Mañana le entregaré los suyos.

Toca el timbre.

DON MARTÍN

Cuando quieras. Me fío de ti.

Entra NINA *por la puerta del pasillo.*

FERNANDO

Precisamente he llamado para que te avisaran, porque me urgía darte otra prueba de lo cicatero que soy.

NINA

¿Tanto te he ofendido, rencoroso?

FERNANDO

Lo preciso para que te apedree con estos guijarros.

Le entrega el collar.

NINA

Después de mirar rápidamente a don Martín.

¡Ah!

FERNANDO

Sorprendido.

¿Ah...? ¿Nada más que ese "¡ah!" frío, después de lo que has escandalizado por unos pendientes de burguesita...? ¡Es un collar de diez mil duros lo que te da tu roñoso!

NINA

Reponiéndose y corriendo hacia él.

¡Pero como mi roñoso me ha avergonzado recordándome una ligereza...! Y como temo, además, que para vengarse de mí esté dándome una broma... *Abrazándole.* ¿No es broma, Nandito?

FERNANDO

No es broma.

NINA

Emocionada.

¡Qué lección, Fernando, qué lección!

FERNANDO

Satisfecho.

Pero mira la alhaja.

NINA

Recobrando la alegría y mirando el collar, como si lo viese por primera vez.

¡Ay, ay, Nandito...! *Repitiendo inconscientemente las palabras con que premió a Alfonso.* ¡Qué preciosidad! ¡Qué maravilla...! *Con el mohín galvanizador.* ¿Sabes que tienes muy buen gusto? *Por el collar.* ¡Admirable! ¡Es digno de una reina!


[redacted]

¡Completamente asiático....! Y, qué casualidad: si no me equivoco, hay en la joya tantos brillantes como años has cumplido: veinticuatro.

NINA

Un poco avergonzada.

¿Sí?

DON MARTÍN

Como si terminase de contarlos.

¡Justos...! Hombre, te ha salido una poesía y te voy a abrazar. ¡Eso es tener ideas delicadas y galantes...!

FERNANDO

Rechazándole con blandura.

Pero, maestro Talma, ¿todavía no se ha convencido usted de que no somos iguales? *A Nina.* No, hija, no. No merezco el galardón de que tú alabes mi buen gusto, ni la ofensa de que tu padre me quiera complicar en un juguetillo cómico. No he elegido el collar, y si lo hubiera elegido, ni me hubiese pasado por la imaginación ese madrigal del número de años y de brillantes.

DON MARTÍN

¿Y qué has ganado con quitarle esa ilusión a tu mujer?

FERNANDO

No decir una mentira. Ya digo bastantes en el ejercicio de mi profesión. *A Nina.* Esta noche, cuando lo haya examinado mi joyero, te daré el collar. Es un negocio de tu padre. Lo vende un

amigo suyo en quince mil pesetas y me lo ha traído... con su cuenta y razón. Pero, así y todo, esta es la primera vez que me favorece mi señor suegro. Recibe esta confesión como otro regalo.

NINA

Más admirada que avergonzada.

¡Oh, qué papá este!

DON MARTÍN

Me defiendo, hija mía. *Con intención.* Cree que no trabajo por mí, sino por los demás.

Entra FAUSTA *por la puerta del pasillo.*

FAUSTA

Presentándole una tarjeta a Fernando.

Es del señor aquel... Le conocí y le he pasado a la biblioteca.

FERNANDO

Bien hecho. Que éntre.

NINA

Anda, papá. Hasta luego.

FERNANDO

Dándole palmaditas en la diestra.

Hasta luego.

Salen por la puerta del fondo Nina y don Martín. Fernando mete el collar en la caja de caudales.

FAUSTA

Desde la puerta de la biblioteca.

Tenga la bondad.

Entra CORBACHO *y Fausta sale por la puerta del pasillo. Corbacho viste decorosamente, pero sin elegancia. Está más flaco, y el lujo del brillantón ha desaparecido.*

FERNANDO

Apretándole la mano.

¡Dichosos los ojos!

CORBACHO

Sonriéndose.

¿De verdá...? ¿Se alegra usté de verme?

FERNANDO

¡Pues no he de alegrarme! Yo no soy ingrato. Venga aquí y siéntese y charlaremos... Porque supongo que usted vendrá a charlar con el amigo, no con el abogado. Un hombre de su listeza no puede necesitar al abogado.

CORBACHO

Riéndose.

Me figuro que "esagera" usté mi listeza.

FERNANDO

¿Modesto también?

CORBACHO

Franco nada más. Señor Urbina, ríase usté de mí, porque no busco al amigo—ya que me hace usté el favor de llamarme amigo—, sino al abogado

FERNANDO

Compadeciéndole sinceramente.

¡Válgame Dios!

CORBACHO

No, no se asuste usté. Soy yo el que pide justicia.

FERNANDO

Tranquilizándose.

¡Ya me parecía a mí...!

CORBACHO

Es una cosilla de tan poca monta que, sin un tropiezo que me ha fastidiado, no molestaría a una celebridá como usté.

FERNANDO

Con modestia.

Déjese, déjese de celebridades y exponga su asunto.

CORBACHO

¿Ahora mismo...? ¿Dispone usté de tiempo? Yo volveré cuando a usté le convenga.

FERNANDO

Para devolverme la cartera, ¿me hizo usted esperar...? Pues lo que me hizo esperar le haré esperar yo. Conque hable.

CORBACHO

Después de una pausa.

Tiene usté aquí tanto como aquí. *Se refiere al corazón y a la cabeza.* Es usté un hombre. Y al grano. Por mediación de un amigo mío—burgués, no del "arte", y persona muy decente—le alquilé un hotelito que me vendieron en la Prosperidá a un señor muy simpático y muy llanote, que se metió en la finca con su gente el mismo día que habló conmigo, para ahorrarse la fonda. A las dos semanas—porque yo no soy un casero de los que se divierten apremiando a las criaturas—le envié el contrato...

FERNANDO

Interrumpiéndole.

Y no lo firmaría, ni pagaría luego.

CORBACHO

¿Pagar...? ¡Se "choteaba" del que se atrevía a presentarle el recibo...!

FERNANDO

¿Y le demandó usted, o le va a demandar?

CORBACHO

Le demandé. ¡Pues si ahí está lo gracioso! ¿Qué se figura usté que me ha ocurrido...? *Riéndose.* ¡Ca...! No se lo figura... *Ahuecando la voz.* ¡Le han absuelto! Sí, señor. El juez dijo... ¿cómo dijo...? ¡Ah, sí! Dijo que poseía la casa en precario, y le absolvió, y—¡agárrese!—y me impuso a mí las costas. ¿No es un caso de brutalidá asombroso? *Se ríe; pero la seriedad con que le mira Fernando acaba por cortarle la risa.* ¡Caray! ¿No será un caso de brutalidá?

FERNANDO

Siento decirle que no. El juez, al condenarle, ha obrado con arreglo a la ley.

CORBACHO

Estupefacto.

¿Con arreglo a la ley? Pero, señor Urbina de mi alma, ¿hay una ley que reviente a los atropellados en beneficio de los que atropellan?

FERNANDO

Naturalmente. Se hizo para evitar atropellos; mas como la perfección no es un atributo humano, esa ley se vuelve contra los que debía amparar, si se descuidan, como usted. ¿Quiere que le dé un consejo...? Sacrifique el amor propio y ofrézcale quinientas o mil pesetas al petardista para que se marche y le deje en paz.

CORBACHO

Asustado.

¿Me lo dice usté formalmente?

FERNANDO

Por su desgracia, amigo mío.

CORBACHO

Con indignación.

Pero... ¡es increíble! ¿Cómo no he de triunfar teniendo la razón entera?

FERNANDO

¡Si triunfaría usted! ¡Claro que triunfaría! Pero después de unos viajes por el bosque jurídico,

que le costarían a usted, en dinero, unas cinco o seis mil pesetas, y en tiempo, unos tres años.

CORBACHO

Cada vez más indignado.

¡Es inicuo, afrentoso...! ¡En este país no hay justicia!

FERNANDO

Sonriente.

No, no tanto. La hay. Aunque sea algo lenta y algo torpe, la hay.

CORBACHO

¡Horriblemente torpe...!

FERNANDO

Con afectuosa ironía.

Vamos, no se queje de su torpeza.

CORBACHO

¿No me he de quejar...? ¡Linda justicia! ¡Una justicia que sólo sirve para proteger a los pillos...! Nada, que aquí, para defenderse regularmente... ¡hay que ser ladrón!

FERNANDO

Con una punta de malicia.

Cuando usted lo asegura...

CORBACHO

Sonriéndose.

No vale guasearse..., que ahora no soy podenco, sino liebre. *Con sinceridad.* Y que yo, créame usté, no he tenido nunca malos hígados. He trabajao cara a cara, exponiéndome, y jamás se me ha ocurrido que pudiese ayudarme un juez para que tardase una eternidá en devolver una cartera tomada en... en precario.

FERNANDO

Riéndose.

Admirable. Pero, ¿cómo un "artista" de su experiencia se dejó engañar?

CORBACHO

¿No le he referido que me recomendó al "frescales" una persona decente? ¡Una persona decente...! Por las personas decentes, que, con su competencia, nos traen de coronilla a los del oficio, me veo pegao a la paré. De cuarenta mil duros que había reunido a costa de trabajo y estudio

—porque también se estudia en nuestra clase— no me queda más que lo que valga el hotel, gracias a otro... caballero: Benítez, el del Banco Internacional, que me los empleó soberbiamente.

FERNANDO

Con interés.

¿Usted es otro de los estafados con las acciones de minas?

CORBACHO

Me da... no sé qué de confesarlo; pero, sí, señor. Yo soy otro. Me han hundido.

FERNANDO

¡A usted!

CORBACHO

Como si fuera un paleto. Ya he metido en "Peñaranda" hasta el alfiler. *Se refiere al de la corbata.* Pero no importa. Volveré al trabajo.

FERNANDO

¡Ah! Usted ¿no operaba ya?

CORBACHO

Me retiré hará unos seis meses. Joven, con todas las facultades, como los buenos toreros. Y menos mal que no me he estropeao. Hoy mismo he vuelto a la pelea, y como un cazador he llegado hasta aquí.

FERNANDO

Con viva curiosidad.

A ver, a ver... Refiérame eso.

CORBACHO

Yo tengo una cuenta corriente en el Banco. De muy pocos duros, porque las "circustancias" son mortales de necesidá. Pero, en fin, conviene tenerla y la tengo.

FERNANDO

¿Y por qué conviene?

CORBACHO

Para entrar sin que se fijen en uno. Yo, como un rentista, como un burgués, voy a sacar honradamente mi dinero... y sin prisa. ¿Que llega un señorito por dos, por cuatro o por veinte mil du-

ros...? Pues yo, aunque haya madrugao más que él y vea que se "aprosima" a mi ventanilla, le dejo pasar, y muchas veces, si no guarda la "pasta" en el bolsillo interior del chaleco, abandono mis asuntos por seguirle.

FERNANDO

¡Ah! El Banco para usted es un coto.

CORBACHO

Y, si no un coto, una finca donde no es difícil cazar. Bueno. Pues, hoy, pido tres billetes, me los dan y, en seguida, veo a un señor que coge quince mil duros, que los mete en la cartera, que se guarda la cartera en el bolsillo de la americana..., ¡sin abrocharse el botón!..., y que toma el portante. Figúrese usté, con lo enamoradizo que yo soy, lo que tardaría en chiflarme por aquella cartera y las ganas con que seguí a su propietario. Que, además, era un memo. Tan memo, que si no le hubiese obligado a abotonarse el gabán el gris que corría, allí mismo se queda sin el parnés. Pero se abotonó y tuve que contenerme. Salimos. Calle de Alcalá arriba, pim, pim, hasta el Ideal. Se convidó, me convidé, y luego, entró en una confitería de lujo, donde encargó varias cosas. De la confitería, hala, hala, a casa de Ansorena, donde compró una joya magnífica,

y de casa de Ansorena, pian, pian, a ésta donde usté vive, en la que se metió hace más de veinte minutos.

FERNANDO

¡Qué casualidad! ¿Entró aquí?

CORBACHO

Por eso he subido. Como no salía y como, esperándole, me acordé de mi pleito...

FERNANDO

Es curioso. ¿Quién será el caballero de la cartera?

CORBACHO

No. Ya, para mí, el señor ese no es el caballero de la cartera, sino el caballero del collar.

FERNANDO

Herido por un presentimiento

¿Del collar? Pero, ¿no dijo usted...?

CORBACHO

Sorprendido.

¿Qué?

FERNANDO

Conteniéndose.

Sí. ¡Qué tontería! Dijo usted que compró una joya. El collar.

CORBACHO

Que es soberbio. No por lo que valga—que no valdrá arriba de diez ó doce mil duros—, sino por lo bonito que es. Yo me fijo mucho en las alhajas. Esa, que tiene veinticuatro brillantes, está en Madrí hace tres meses.

FERNANDO

Después de una pausa.

Dice usted que tiene...

CORBACHO

Veinticuatro brillantes. Me la sé de memoria.

FERNANDO

Con un absoluto dominio de sus nervios.

Es curioso. ¿Y quién será el caballero? ¿Me lo podría usted describir?

CORBACHO

Es flaco y tiene la estatura regular, los ojos mortecinos, la cara de lila...

FERNANDO

Sin barba, ¿eh?

CORBACHO

Sin barba.

FERNANDO

¿Con lentes?

CORBACHO

Sorprendido.

¡Ah! Pero, ¿le conoce usté?

FERNANDO

¿Muy gordos los cristales de los lentes?

CORBACHO

Bastante gordos. Quizás por eso me haya parecido á mí un lila.

Fernando saca el estuche de la caja de caudales y se lo entrega abierto al carterista.

FERNANDO

¿Es éste el collar?

CORBACHO

Asombrado.

¡Era para usté...! *Con precipitación.* ¡Conste que retiro lo de lila, si me he "colado"! *Por el collar.* El mismo. Cuente usté las piedras. *Riéndose.* Hombre, hubiera sido gracioso que otra vez yo...

FERNANDO

Con la voz algo insegura.

Sí, sí; hubiera sido gracioso. *Mirando el reloj.* ¡Caramba, cómo corre el tiempo junto a usted!

CORBACHO

Me voy.

FERNANDO

Ya sabe usted cuál es mi consejo

CORBACHO

Le aguardan a usté ahora, ¿verdá?

FERNANDO

Por fortuna. El bufete no está nunca vacío. Pero si quiere usted decirme algo más, hable. A usted le prefiero yo a toda mi clientela.

CORBACHO

Muchas gracias. Sí, algo más quería decirle; pero se lo diré cuando no le robe el tiempo. Mañana, que es domingo, vendré, si a usté le parece.

FERNANDO

Pues hasta mañana.

CORBACHO

Hasta mañana.

FERNANDO

Por aquí. Pase por el bufete. *Abriendo la puerta y dirigiéndose al escribiente.* Acompañe a este señor y venga en seguida, Bernal.

CORBACHO

Deteniéndose junto a la puerta.

¡Las casualidades del mundo...! ¡Mire usté que hubiera tenido gracia...!

Se ríe jovialmente, ofreciéndole la diestra al abogado, que sonríe, y sale. Fernando recobra al punto la gravedad y se pasa las manos por la frente haciendo un gesto de angustia.

FERNANDO

Bueno. Ha volado el pajarín..., ó desea volar. *Se ríe sarcásticamente, contemplando la joya, y la tira al fondo de la caja.* ¡Gentuza...! *Conteniéndose.* No, no, no. Calma. No perdamos la cabeza. Calma. *Entra* Bernal. Bernal, no estoy para nadie.

BERNAL

Retrocediendo hacia la puerta.

Se lo advertiré a Leopoldo.

FERNANDO

Óigame, Bernal. Acérquese. *Después de una pausa.* ¿Cuándo le enseñó mi suegro el collar?

BERNAL

Pues... hace una hora.

FERNANDO

¿Para que lo tasara?

BERNAL

Indeciso.

No sé... Pero, sí, claro. Para eso sería.

FERNANDO

¿No está usted seguro?

BERNAL

Sí, naturalmente... Sino que... ¡como don Martín es tan aficionado a las burlas...! Yo le dije lo

que valía el collar; pero él, ahora lo recuerdo, no me lo preguntó.

FERNANDO

¿Es posible?

BERNAL

No, no me lo preguntó. Me lo enseñó para aleccionarme. Cosas de su genio. ¿Cómo fué? *Después de meditar unos instantes.* ¡Ah, sí...! Me dijo que la joya, aunque parecía un collar, no era un collar, sino una reala—que no sé lo que es—, y que las piedras, aunque parecían brillantes, no eran brillantes, sino galgos. ¡Justo! Galgos que iban a cazar una liebre.

FERNANDO

¡Ah...! Galgos, galgos... Muy bien. *Después de una pausa.* Va usted a hacerme un favor, Bernal. Espere un momento. *Cierra la caja, sale por la biblioteca y retorna inmediatamente con un sombrero y un gabán.* Usted sabe que hoy es el cumpleaños de mi mujer y que celebramos una bonita "cachupinada". *Bernal hace un gesto benévolo de hombre que se ha colocado sobre el mal y sobre el bien y se sonríe.* He de

salir, de precisión, para un asunto urgente e importantísimo que me entretendrá toda la noche, y con objeto de que mi mujer no se oponga a que salga—que se opondría, como es lógico—me voy a ir sin que lo sepa nadie. Estará usted aquí media hora, para prohibir la entrada en el bufete. ¡A todos, Bernal!

BERNAL

Descuide.

FERNANDO

Y dentro de media hora, dirá usted que me he ido de Madrid. ¿Se ha enterado?

BERNAL

Sí, señor. Asunto urgente. Trabajo para toda la noche. Fuera de Madrid.

FERNANDO

Así es.

BERNAL

Hasta mañana, don Fernando.

FERNANDO

Dirigiéndose a la puerta del bufete.

Hasta mañana, Bernal.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la misma salita de trabajo.

BERNAL *escribe a máquina. Entra* FERNANDO *por la puerta del bufete, con el cuello del gabán subido y el sombrero puesto. Tiene el rostro encapotado y macilento, y sus ojos, enrojecidos, denuncian una noche de vigilia; pero habla con entereza y serenidad viriles.*

FERNANDO

Buenos días, Bernal.

BERNAL

Buenos días, don Fernando.

Se levanta y le ayuda a quitarse el abrigo.

FERNANDO

¿Cómo ha venido usted hoy?

BERNAL

Para concluir el escrito que me encargó.

FERNANDO

Gracias, Bernal.

Oprime el botón del timbre.

BERNAL

Di el recado a la media hora justa.

FERNANDO

Ya sé que usted es digno de confianza.

Hay unos segundos en silencio.

BERNAL

Si no me necesita...

FERNANDO

No. Márchese.

BERNAL

Buenos días.

FERNANDO

Buenos días. *Sale Bernal por el bufete, y momentos después entra por el fondo* NINA. *Fernando, que la oye entrar, pregunta, sin mirarla, creyendo que es la doncella.* ¿Se ha despertado la señora?

NINA

Avanzando hacia él vivamente.

No, porque como no ha dormido en toda la noche... *Riendo, sin notar la tristeza de su marido.* Pero ¿qué ha pasado, trapalón?

Le va a abrazar, y Fernando la rechaza con alguna dureza.

FERNANDO

Con acritud.

¡Quita!

NINA

Asombrada.

¿Qué tienes?

FERNANDO

Con sequedad.

Vas a contestarme a una pregunta, sin mentir.

NINA

¿Qué tienes, Fernando?

FERNANDO

Tengo deseos de que me contestes, sin mentir, a una pregunta.

NINA

Alarmada.

¿Por qué he de mentir? *A punto de llorar.* ¡Y no me mires de esa manera, Fernando...! No parece sino que me odias. ¿Qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido?

FERNANDO

Si no fuese un patán, en nada; pero, como soy un patán, me has ofendido... ¡porque me subleva eso de que me engañe mi mujer!

NINA

Rompiendo a llorar y dejándose caer en un sillón.

¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío...!

FERNANDO

Irónicamente.

No, no, pajarín. Prescinde del refinamiento de tus gustos, y no des escándalos. Baja la vocecita. Y cuando termines de llorar te haré la pregunta. *Enciende un pitillo y pasea. Nina sigue llorando.* ¿Qué tal...? ¿Queda mucho?

NINA

Llorando, entre apenada y colérica.

Pero ¿en qué te he engañado...? ¡Di...! ¡Habla, explícate...!

FERNANDO

Con frialdad.

Cuando no llores.

NINA

Con energía.

¡Ya no lloro!

FERNANDO

Debes barruntar lo que voy a preguntarte. Ahí va: ¿Qué hay entre Alfonso y tú para que

consientas que te regale alhajas, a pesar de mi prohibición?

NINA

Precipitadamente.

¿Y quién ha dicho...?

FERNANDO

Con altivez.

¡No mientas! ¡Te delata tu propia mentira! ¡Alfonso te ha regalado el collar!

NINA

Revolviéndose.

¿Y es justa tu prohibición?

FERNANDO

¡Hola...! Ya no mentimos.

NINA

Valerosamente.

¡Es ridícula, es afrentosa tu prohibición...! ¡No es un cualquiera el que me ha obsequiado! ¡Es

mi primo! ¡Y eres tú el que injurias con unos celos vergonzosos!

FERNANDO

Con soberbia.

¿Celos...? No, hija mía. ¡Dignidad! ¡No permito que festejen a mi mujer y no tolero que mi mujer se burle de mí! Porque, de cuanto ha ocurrido, lo más grave, por su ruindad, es la burla.

NINA

Trémula de vergüenza y de cólera.

¡No es verdad! ¡Ni Alfonso ni yo sospechábamos lo que iba a ocurrir! ¡No supe lo que había hecho mi padre hasta que me lo dijiste tú delante de él! *Rompiendo a llorar.* ¡Yo no te hubiese engañado...! ¡Ni en eso ni en nada...! ¡Siempre me he resistido a mentir!

FERNANDO

Pero no a tapar las mentiras, y ese encubrimiento es peligroso. ¿Qué pudo acontecer anoche si yo no me hubiese ido...? Quedándome, ¿no me habría expuesto a olvidar que tú eres un pajarín, y tu primo un tonto y tu padre un... vie-

jo? Por fortuna, me marché, y hoy todo se puede arreglar sin ruido, con discreción... y hasta con elegancia. Dentro de unos minutos estará aquí Alfonso. *Oprime el botón del timbre.* Y antes le haré a tu padre unas súplicas con la elocuencia necesaria para que se digne atenderlas.

NINA

Con abatimiento.

¿Es indispensable?

Entra FAUSTA *por la puerta del fondo.*

FERNANDO

Es indispensable. *A Fausta.* En cuanto venga don Alfonso, hágale pasar aquí. Y ahora dígale al señor que le espero.

Sale Fausta.

NINA

Suplicante.

¿Qué vas a hacer?

FERNANDO

Sonriendo irónicamente.

¿No te he dicho que arreglar con elegancia las cosas? Anda. Déjanos. Por aquí. *Llevándosela*

hasta la puerta de la biblioteca. Vete, vete tranquila.

Sale Nina y entra inmediatamente DON MARTÍN *por la puerta del fondo.*

DON MARTÍN

Con jovialidad.

¿A que acierto para lo que me llamas? ¿A que es para ultimar nuestro asuntillo?

FERNANDO

Lo acertó usted.

DON MARTÍN

Riéndose.

¡Como si yo tuviese prisa o no me fiara de ti! Pues, paga, hijo, paga.

FERNANDO

Después de mirarle unos segundos sin pestañear.

Y usted, ¿pagó anoche?

DON MARTÍN

Con magnífica sencillez.

Claro. ¿No te dije que se vendía la joya para saldar una deuda de juego?

FERNANDO

¿Una deuda de quince mil pesetas?

DON MARTÍN

Exactamente.

FERNANDO

Con lentitud.

¿Y cómo, en su situación, se atreve usted a jugarse quince mil pesetas?

DON MARTÍN

Con sinceridad.

¿Yo? ¿Estás perturbado...? Las jugó el dueño del collar.

FERNANDO

¿Qué collar?

DON MARTÍN

En tono de broma, pero oliéndose un peligro que le intranquiliza.

Fernandito, hijo, no me manosees la peluca.

FERNANDO

Acentuando la lentitud con que habla.

Le interrogo no para manosearle la peluca, sino para saber a qué collar se refiere, porque a mí no me ha entregado ninguno. A mí me ha entregado usted unas piedras, que, aunque parecen brillantes, no son brillantes.

DON MARTÍN

Sin caer en que Fernando repite palabras suyas.

¿Que no son brillantes? ¿Y quién es el estúpido que ha dicho semejante imbecilidad?

FERNANDO

Usted.

DON MARTÍN

Desconcertado.

Nada, que está el día de chunga.

FERNANDO

Usted ha dicho, sin chunga, que los brillantes no eran brillantes, sino galgos.

DON MARTÍN

Bien herido.

¡Ah...! Te referías... *Reponiéndose instantáneamente.* Y te ha hecho gracia, ¿eh? *Riéndose.* Mis golpes.

FERNANDO

Con la misma imperturbable frialdad.

Galgos que iban a cazar una liebre.

DON MARTÍN

Como sorprendido.

¡Caray! ¿Añadí eso de la liebre? *Sonriéndose con un candor de monjita.* Son las bromas que le gasto al joven Bernal. ¡Buen chico!

FERNANDO

Adusto.

Una liebre... que soy yo.

DON MARTÍN

Creciéndose ante el peligro.

Que has sido tú, porque lo has comprado, y que habría sido otro, si no lo hubieras comprado

tú. Para esos perros del arte todo el mundo quiere ser liebre.

FERNANDO

Con ironía.

Ingenioso, caballero Talma. Le felicito; pero insisto en mi pregunta: En su situación, ¿cómo se atreve usted a jugarse quince mil pesetas?

DON MARTÍN

Receloso.

¿Otra te pego?

FERNANDO

Es que las ha perdido su señoría seguramente, ilustre Talma.

DON MARTÍN

Volviendo a la gravedad.

Me estás asustando. ¿Qué chifladura es ésa?

FERNANDO

Sin alterarse.

¿No las ha perdido...? Entonces no pretendía usted quedarse únicamente con los mil duros que

aún le debo, sino que contaba, además, con los tres mil que ya me ha estafado.

Don Martín calla, anonadado por el golpe; mas no tarda en reponerse, y apela al tono digno.

DON MARTÍN

Fernando, quiero hacerte el honor de creer que no has caído en el alcance de lo que insinúas.

FERNANDO

¿De lo que insinúo? ¿A qué le llama usted insinuar...? He dicho que me ha estafado usted. Y esto no es una insinuación: es una rotunda afirmación.

DON MARTÍN

En tono heroico.

¡Luego dudas de mi caballerosidad!

FERNANDO

Precipitadamente.

¡Oh, no! Eso no.

DON MARTÍN

Victorioso.

¡Ah!

FERNANDO

Muy tranquilo.

Yo no cometo la tontería de dudar de lo que no existe.

DON MARTÍN

Irritado.

¡Oiga usted, señor mío!

FERNANDO

Con desprecio.

¿Va usted a revelarme lo que pagó Alfonso por la reala?

Don Martín, que padece durante unos segundos el martirio de la perplejidad, reacciona briosamente, deja el tono dramático para emplear el cómico y lanza una carcajada, como si le divirtiese de un modo enorme el descubrimiento de su travesurilla de estafador.

DON MARTÍN

Riéndose.

¡Ah, que no le engañé, que no le engañé...! ¡Ay, que no se la di!

FERNANDO

Riendo también, pero sarcásticamente.

¡Ay, que no me engañó!

DON MARTÍN

Ja, ja... ¡De listo a listo! ¡De maestro a maestro...!

FERNANDO

¡De abogado a bandido...! Ja, ja...

DON MARTÍN

Como si el ataque le hubiese hecho una gracia extraordinaria.

¡Ay, que se ha quemado y me dice bandido...! Pero la trampa, ¿no era magnífica...? ¡Confiésalo, hombre! ¡Sé magnánimo alguna vez! Y sé también franco, y di que te has reído.

FERNANDO

Después de una pausa.

Restitúyame usted las quince mil pesetas.

DON MARTÍN

Dejando de reir de sopetón.

El caso es que...

FERNANDO

Con energía, pero sin acalorarse ni alzar la voz.

Devuélvamelas. Le conviene a usted. Se lo aseguro.

DON MARTÍN

Cultivando la farsa patética, para salvar lo estafado.

Es que... adivinaste, Fernando. En mi situación..., y quizás por ser tan precaria—y no trato de disculparme—he perdido en el juego quince mil pesetas... Ha sido una locura indigna de mi modestia. Por mi honor, por el tuyo, tenía forzosamente que pagar.

FERNANDO

Examinándole con curiosidad y repugnancia, como a un animal raro.

Ahora no es usted Talma; es usted un bufón. *Después de una pausa.* No derroche las quince mil pesetas, que las va a necesitar. Ya sabrá para qué. Y... márchese.

Entra ALFONSO *por la puerta del pasillo. Luce otro gabán de pieles, un traje de chaquet y distintas alhajas, todas de mucho precio.*

ALFONSO

Risueño.

Aquí me tienes. ¿Más rapidez? *A don Martín.* Salud, tío.

DON MARTÍN

Satisfechísimo de escaparse, pero hablando con displicencia.

Os dejo. Siento marcharme; pero me aguardan en diez sitios.

Sale por la puerta del pasillo.

ALFONSO

Adiós. *Quitándose el gabán y sentándose cómodamente.* Ea, venga de ahí.

FERNANDO

Sonriente.

¿Adivinas para lo que te he llamado?

ALFONSO

No es difícil. Para decirme algo muy urgente, puesto que me has llamado con tanta urgencia.

FERNANDO

Con un gesto admirativo.

Tienes verdadera penetración, Alfonso. Hay que hacerte justicia. Deduces portentosamente... y no es tan fácil deducir.

ALFONSO

Convencido.

Sí, en realidad... Pero habla.

FERNANDO

Tampoco es fácil hablar de lo que voy a exponer a tu consideración. Pero, en fin, la cosa es grave para mí, que soy el interesado...

ALFONSO

Interrumpiéndole.

Eso no. Con que a ti te interese, me interesa a mí.

Fernando deja su sillón, levanta a Alfonso, que le mira sorprendido, y le abraza efusivamente.

FERNANDO

¡Gracias, Alfonso! También estás dotado de verdadera sensibilidad. Hay que seguir haciéndote justicia.

ALFONSO

Tan ciego para la ironía como un galápago.

¡Caray, me adulas...! ¿Será porque...? Pero, no. ¡Qué disparate! Tú no adularías ni por el caudal de Creso.

FERNANDO

¡Ah! ¿Te has imaginado...?

ALFONSO

No, no. Sino que, como anunciaste una cosa de gravedad, y como las únicas cosas de grave-

dad son la salud y el dinero, y como tu salud es magnífica... Pero suelta esa cosa grave.

FERNANDO

Que, como no se refiere a la salud, según tu filosófica opinión, se referirá al dinero. Y se refiere al dinero. Aguarda un instante. *Saca un talonario de la caja de caudales, extiende un cheque y se lo da.* Toma, Alfonsito.

ALFONSO

Asombrado.

¿Qué es esto?

FERNANDO

Con naturalidad.

Un cheque. ¿No lo ves? ¿Es que te ha costado el collar más de cincuenta mil pesetas? *Alfonso, azorado, no responde.* Dímelo, no vaya a perjudicarte.

ALFONSO

¡Si no es eso...! ¡Si es que...!

FERNANDO

¿Qué? Concluye. *Después de una pausa.* No irás a decirme que no te corre prisa cobrar, para que yo te diga que siempre corre prisa pagar. Lo que nunca urge es adquirir estas ruinosas preciosidades. Y mira con qué facilidad hemos llegado a lo que me ha hecho privarte de dos horas de sueño matutino. Es una súplica, Alfonso. Esta: no nos protejas más.

ALFONSO

Completamente desconcertado.

Caramba, yo...

FERNANDO

Tú eres una criatura de muy buen gusto y a mí me conmueve que lo emplees en favorecernos; pero, avisando, para que sepa yo si mis recursos me permiten honrarme con tu protección.

ALFONSO

Es que...

FERNANDO

Ya sé lo que me vas a aconsejar: que no sacrifique los diez mil duros. No. Los sacrifico y

compro la joya, porque, cuando me manifestó mi mujer que habías tenido la galantería de traerla, contaba ya con lucirla..., y no la quiero contrariar por esta vez. Por esta vez, que..., ¡fíjate!..., es la última.

ALFONSO

Arrojando el cheque sobre la mesa con súbita resolución.

¡No! ¡No debo tomar ese dinero! ¡No es justo!

FERNANDO

Con un leve matiz de amenaza.

No seas bobo, Alfonso. Reflexiona.

ALFONSO

Valerosamente.

En ciertos casos es hasta feo reflexionar, ¡carámbolis! Y así, desmiento a Nina, y te juro que adquirí el collar para regalárselo. *Con energía.* ¡Para regalárselo, no para sacrificarte! ¿Cómo me voy a llevar tu dinero?

FERNANDO

Con severidad.

¿Y tú te imaginas que voy a consentir que le regales a mi mujer miles de duros?

ALFONSO

Con medrosa precipitación.

¿Y no es de mi misma sangre? ¿Y no autoriza el parentesco esa libertad?

FERNANDO

Con dureza.

¡Pero yo, no!

ALFONSO

Fernando... ¡que van a creer que estás celoso!

FERNANDO

Burlonamente.

Que "van". Bien, Alfonsito, bien. No has dicho que "voy", y eso pinta la finísima calidad de tu modestia. Bien.

ALFONSO

Porque yo rechazo semejante disparatón.

FERNANDO

Con ironía.

Bravo, bravo, Alfonsito. Mira, yo reconozco que tus corbatas son abrumadoras, que las rayas de tus pantalones son de una perfección casi divina y que la originalidad y la distinción de tus chalecos son inefables, y añado que, sin barba, estás arrebatador.

ALFONSO

Te puedes guasear.

FERNANDO

Gracias, por segunda vez, aunque no he de utilizar el permiso, porque no me guaseo. Reconozco tu absoluta, tu enorme superioridad; sé que tienes todas las condiciones precisas para que por ti falte una mujer a sus deberes—si el principal deber de una señora elegante no consiste en rendirse a un hombre como tú—, y, sin embargo, no me inspiras celos. Perdona.

ALFONSO

Cortado.

¡Pues tendría que ver, caray!

FERNANDO

Y no tengo celos, porque soy justo contigo y con mi mujer. Tú, con tus corbatas, con tus pantalones, con tus chalecos y con tu perfil seductor, todo ello temibilísimo, no eres más que lo que se llama familiarmente un pobre diablo.

ALFONSO

Entre dolido y encorajinado.

¡Me estás ofendiendo!

FERNANDO

Con frialdad.

Tal vez. Pero prefiero ofenderte calificándote de pobre diablo, a ofenderme a mí mismo atribuyendo, no a infelicidad, sino a villanía, tus asiduidades con mi mujer.

ALFONSO

Acobardado.

Si lo tomas así...

FERNANDO

Después de una pausa.

Decía que tú eres un pobre diablo, y agrego que un pobre diablo, por muy simpático que sea, no le puede quitar el sueño a ningún marido. Pero, ¿y si la esposa de ese marido es Nina? ¿No comprendes que mi mujer es todavía más de fiar que tú, porque contra la tentación dispone, no sólo del escudo de sus virtudes, sino de la montaña de hielo de su temperamento...? *Sarcástico.* ¡Oh, no! ¡No se enamorará la pobrecita!

ALFONSO

Entonces...

FERNANDO

Debo convenir en que en vuestras relaciones no hay más que un peligro... Tú me lo has señalado con tu reconocida bondad: el de que crean que estoy celoso. Y eso es precisamente lo que no puedo consentir. ¿Me entiendes...? Entiéndeme, porque, obligado por tu advertencia, voy a pedirte otro favor.

ALFONSO

Procuraré entenderte.

FERNANDO

Y yo te ayudaré. Escucha. Si se dice que tengo celos, muchos hombres de bien y muchas mujeres honradas afirmarán que Nina y tú, puros como la propia pureza, sois víctimas de mi brutal extravío. Pero, ¿no habrá un malvado—aunque no sea más que uno—que os calumnie por odio a la virtud y sostenga que mis celos son razonables? *Después de una pausa.* Contesta. ¿Es falso este razonamiento?

ALFONSO

No.

FERNANDO

Pues, en nuestra sociedad, ese uno, el malvado, tiene más importancia que todos los otros, porque es el que muerde y envenena y deshonra. Y para que no crea que estoy celoso, te ruego... que no vuelvas por aquí.

Hay unos instantes de penoso silencio.

ALFONSO

Levantándose.

De manera... que me despides.

FERNANDO

Con profundísimo dolor.

ALFONSO

Después de una pausa.

No quiero discutir.

FERNANDO

Con irónica efusión.

¡Gracias, gracias por tercera vez, Alfonso!

ALFONSO

Con despecho.

Yo no seré responsable del escándalo.

FERNANDO

Incisivo.

¿De qué escándalo?

ALFONSO

Achicándose.

Yo venía aquí todos los días, y al retirarme sin motivo... sabe Dios lo que se supondrá.

FERNANDO

No te preocupes. Yo lo sé. No se supondrá: se afirmará. Se afirmará que te has molestado conmigo porque me he negado a seguir emporcándome con los litigios que dejó pendientes tu suegro, que son de una bellaquería estupenda.

ALFONSO

Dolorido.

¿Eso también?

FERNANDO

¿Cabe mejor pretexto? Y perdona que te abandone unos minutos. Voy a coger los papelorios para que tú mismo te los lleves.

Sale por el bufete y en seguida entra NINA *por la puerta de la biblioteca.*

NINA

Atropelladamente.

¿Qué te ha dicho...? No he podido oir más que palabras sueltas... ¿Para qué te ha llamado? ¿Qué te va a dar?

ALFONSO

Con rencor.

¡Qué bárbaro!

NINA

¿Qué te va a traer?

ALFONSO

¡Mis papeles, hija! ¡Ha ido por mis papeles, para tirármelos a los hocicos...! ¡Habrá turco...!

NINA

Colérica.

Pero, ¿por qué? ¿Para qué te ha llamado? ¿Qué te ha dicho?

ALFONSO

Pues la mar y los peces. Me da las gracias porque os favorezco poniendo a vuestro servicio mi buen gusto para elegir joyas, y después me pide que no le arruine eligiéndolas, y me entrega esos diez mil duros.

NINA

Cogiendo el cheque.

¿Y qué más?

ALFONSO

Rechazo el dinero, y se enfada; pretendo avergonzarle, advirtiéndole que van a creer que está celoso... ¡y nunca me ha empapado un chaparrón de filosofía igual! Y todo por tu culpa. ¡Sí, por ti! Para ¿que le has dicho que compré yo la maldita alhaja?

NINA

Sorprendida.

¡Ah...! ¿He sido yo la...? *Conteniéndose.* Bien, bien. Sigue.

ALFONSO

¡Con despedirme de ti para siempre...!

NINA

Con asombro.

¿Te ha echado?

ALFONSO

Como a un perro. ¡Para que no nos calumnien! ¡Toma ironía!

NINA

¿Y ha podido imaginarse que tú...? *Con un desprecio y una ira que desconciertan a Alfonso.* ¡Ah! ¡Es increíble! ¡Es indigno...! ¡Ese caballero sospecha que yo no soy una mujer honrada... y lo pregona!

ALFONSO

Ese caballero lo que pregona es que Dios te ha hecho de nieve. ¡De nieve! Pero bien me ha despedido por temor.

NINA

De un modo punzante.

¿Por temor a que me trastornaras? ¿Y no le has replicado que no es tan grande mi estupidez? *Como si le regañase a un niño.* ¡Es decir, que has dejado que me denigren con suposiciones absurdas! ¡Y hasta te habrás enorgullecido de que, por miedo, te echen de esta casa! *Furiosamente.* ¡Pues no te irás! ¡Seguirás visitándome a diario! ¡No consentiré que se me haga la ofensa de temerte!

ALFONSO

Atribulado.

Repórtate, Nina.

NINA

Como una fierecilla.

¡Vendrás para que vean cómo te trato!

ALFONSO

¡Oh, es muy amable el proyecto! *Apenado.* Te ciega el egoísmo, Nina. Te ciega, y te hace olvidar lo que no debías olvidar.

NINA

Con desdén.

¿Tus payasadas?

ALFONSO

Mi seriedad, al decir que te quiero, ha sido siempre absoluta.

NINA

Cínicamente.

Pero yo nunca te he escuchado con seriedad.

ALFONSO

Con una gravedad que no es conmovedora; pero que a él se lo parece.

De manera que te he servido de diversión. Una pobre mosca... una araña que tiende su red...

NINA

Como si fuese a llorar.

¡Alfonso...! ¿No sabes que no puedo oir el nombre de ese bicho?

ALFONSO

Con un desolador escepticismo.

¡Mujeres, mujeres...! ¡El eterno femenino...! "¿Quién es ella?", como preguntó aquel juez. *Con melancolía.* ¿Y para tratarme así me pediste que me afeitara?

NINA

Enérgica.

Bueno; suprime ahora las lamentaciones y vete.

ALFONSO

Es que tu marido está buscando mis papelorios para entregármelos, y yéndome cometería una incorrección. Se figuraría que le temo.

NINA

No. Se lo habrá figurado ya.

ALFONSO

De un modo indeciso.

¡Ah! Pues si se lo ha figurado...

NINA

¿Qué? ¿Vas a desafiarle...?

ALFONSO

Desdeñoso.

¿Por quién me tomas...? Con cien mil duros de renta ¿me iba yo a batir como un pelafustán que no tuviese más que el honor? ¡Vamos, Nina! Quería decir que, si se lo ha figurado, es inútil que le espere. Sobre todo, siendo absurda la suposición de que te intereses tú por mí. Repito tus palabras.

NINA

Y yo te felicito por tu buena memoria.

ALFONSO

Adiós, Nina.

NINA

Alfonso, adiós. *Sale Alfonso por la puerta del pasillo y Nina se acerca al bufete y llama.* Fernando... Fernando... No busques más.

Entra FERNANDO.

FERNANDO

No buscaba. Esperaba a que terminases de hablar con Alfonso.

NINA

Desdeñosa.

¿Espiándonos?

FERNANDO

Con disgusto; pero era mi obligación.

NINA

Lo celebro, porque me ahorras explicaciones. Ya sabes lo que te voy a pedir.

FERNANDO

A punto fijo, no.

NINA

Con agresividad.

A ti no te cabrá el talento en la cabeza; pero, en esta ocasión, ¿para qué te ha servido el talento? *Despreciativa.* Ni siquiera para comprender que esta casa es tan mía como tuya, y que debo ser tan respetada en ella como tú.

FERNANDO

Fríamente.

Más.

NINA

Con ardor.

¿Por qué le has despedido entonces? ¿Para avergonzarme y humillarme? ¿Ese era el modo de arreglar las cosas sin ruido, con discreción y hasta con elegancia?

FERNANDO

Imperturbable.

Ese.

NINA

¿Y esperas que no me oponga?

FERNANDO

Esperaba que te opusieras; pero estaba seguro de vencer tu oposición.

NINA

Irónica.

¿Y aún lo estás?

FERNANDO

Firme.

Aún lo estoy.

NINA

Con energía.

¡Pues te juro que no consentiré que me atropelles! ¡Te lo juro, y te advierto que, como dueña que soy de mi casa, recibiré a quien se me antoje! Mientras te sea fiel, ¿con qué derecho me lo vas a impedir?

FERNANDO

Con ironía.

¡Ah! Pero tú ¿me eres fiel?

NINA

Con indignación.

¡Fernando!

FERNANDO

Si no hubiese más engaño que uno, el grosero que consiste en infamar al marido, tú no me habrías engañado; pero el adulterio no es el único: hay muchos más, y de casi todos me has hecho víctima. *Caldeándose poco a poco.* ¿Me has querido alguna vez con las entrañas? ¿Te han dolido mis dolores? No. Has sido junto a mí una mujer indiferente, ligera, desdeñosa, fría, sin ternura, vana... No de intimidad, sino de salón, de escaparate, de puro adorno.

NINA

Y tú necesitabas una de pura utilidad. ¿No es eso? *Con burlona acritud.* Una que te cepillase los trajes, que tomara las cuentas, que vigilara a los criados...

FERNANDO

¡No, no...!

NINA

Con acerbidad.

Una especie de ama de llaves, que envejeciera en su encierro mientras triunfabas tú y te divertías.

FERNANDO

Con mi conducta he demostrado sobradamente que no quería una esclava, sino una compañera.

NINA

Con una risa de incomprensión más que de maldad.

¡Ah! ¿Sí? Pues no lo he advertido.

FERNANDO

Colérico y apenado.

¿Cómo lo habías de advertir, si no me conoces? ¿Y cómo me habías de conocer, si aun no has empezado a quererme? Tú, ¿qué estudiaste en mí? Los chalecos y las corbatas, que te llamaron la atención por cursis. Pero nada más. Ni mis ideas, ni mis aficiones, ni mi carácter, ni si-

quiera mis defectos, han merecido que los estudies, y así, sorda y ciega para todo lo mío, te imaginas que debo conformarme con tu fidelidad, y, por serme fiel, te crees con derecho a hacerme odiosa la vida, sin comprender que tu fidelidad es la de un dolor, la de una herida, la de un daño incurable, porque no la engendra el cariño.

NINA

Escandalizada.

¿Estás loco?

FERNANDO

¡Estoy harto, y de puro harto, hablo con la misma sinceridad que si estuviese loco! *Procurando dominar su exaltación.* ¡Estoy harto de que mi casa sea el cuartel de mis enemigos, y de que sea cómplice o encubridora de esos enemigos mi mujer, que para ellos guarda las caricias y para mí las acritudes! *Con rencorosa energía.* ¡Pero esto se ha terminado! Desde hoy, mi casa, nuestra casa, será un hogar... ¡y en él mandaré yo! Y viviremos solos. Tus padres se las arreglarán con lo que yo pueda señalarles. Se acabó. Otra vida.

NINA

Reprimiendo su furia.

¿Y con esa otra vida no seré yo seca, ni vana, ni indiferente, y esto será un hogar?

FERNANDO

Con esa otra vida pondré yo los medios para que lo sea y para que te corrijas tú.

NINA

Cada vez más alterada.

¿A la fuerza?

FERNANDO

Gravemente.

No creo en la eficacia de la fuerza, y no la emplearé jamás. Confío en que reflexiones.

NINA

Con iracunda precipitación.

¿Y si no quiero reflexionar?

FERNANDO

Fríamente, después de una pausa.

En tal caso te dejaré en libertad absoluta de hacer lo que te plazca.

NINA

Con la voz vibrante y con un gesto de victoria.

¡Ah! ¡Eso varía, señor!

FERNANDO

Acentuando desdeñosamente la frialdad.

De hacer lo que te plazca; pero lejos de mí.

NINA

Sin comprender todo el alcance de la afirmación.

¿Lejos?

FERNANDO

Lejos. Ya que lo estamos espiritualmente, lo estaremos materialmente. *Después de una pausa.* Me iré de Madrid.

NINA

Con incredulidad.

¿Y el bufete?

FERNANDO

Y rompiendo lo que rompo, ¿lo necesito...? Con lo que me queda, rescataré el huerto que me perteneció y me dedicaré a cazar y a pescar.

NINA

En un grito de rabia, egoísmo, dolor y desconcierto.

¡Abandonándome!

FERNANDO

¿Y la ley? Un hombre de mi oficio ¿la puede olvidar...? No te abandonaré. Con arreglo a la ley, te pasaré alimentos, y, dada la cuantía de mi caudalillo, dispondrás de... de unas cien pesetas mensuales.

NINA

Rompiendo a llorar con desesperada cólera.

¡Qué infamia, qué infamia, qué maldad!

FERNANDO

Con una risa despreciativa.

Pobre mujer.

NINA

Llamando.

¡Papá...! ¡Papá...! *Con una excitación indescriptible* ¡Qué ruin...! ¡Qué malo...! Porque no soy su criada, porque no tengo un corazón mezquino... ¡querer arruinarme, hundirme! *Llamando, entre sollozos.* ¡Papaíto...! ¡Papá...!

Sale por el pasillo.

FERNANDO

Después de unos segundos de dolorosa meditación.

¡Y a mi no me había dicho infame ni la gente a quien le hice perder sus pleitos...! Y he vivido solo, sin que me torturase ningún pajarín con su estupidez y sin que ningún bandolero me robara, llamándome, encima, hijo...

Entra FAUSTA *por el pasillo.*

FAUSTA

Ahí está el señor que espera usted.

FERNANDO

Diga que no estoy. Que vuelva mañana.

FAUSTA

Es que ya...

FERNANDO

Bien. Que entre. Es lo mismo.

Sale Fausta. Retorna segundos después, precediendo al timador, y se retira cuando entra CORBACHO.

CORBACHO

Sonriendo.

Estas no son horas de presentarse en ninguna casa.

FERNANDO

Sonriendo también.

No se preocupe.

CORBACHO

Apretándole la diestra.

Es que me ha parecido que por la mañana le importunaría menos. Por la tarde saldrá usté.

FERNANDO

Con amabilidad.

Sí. Bien pensado.

CORBACHO

Pues si no le molesto...

FERNANDO

Al contrario. Me distraeré oyéndole, y no recordaré cosas que me preocupan.

CORBACHO

¡Si todas las preocupaciones fueran como las de usté...! Las preocupaciones del hombre feliz.

FERNANDO

Con una finísima ambigüedad en el tono y en el gesto.

Sí, efectivamente...

CORBACHO

En cambio, las mías... Ellas me traen aquí, y por ellas voy a hablarle, aunque no sé ni cómo empezar, porque yo, fuera del terreno de los "artistas", soy más corto que una criatura.

FERNANDO

Deseche, deseche la cortedad.

CORBACHO

Usté sabe que estoy en la ruina. No me queda nada. Ni el hotel, porque se lo está comiendo el gusano de una hipoteca. Mi único recurso es trabajar en grande. Pero ¿se principia a trabajar en grande cuando se quiere...?¡ Nísperos del Japón! ¿Y qué hace uno, si uno no ha tirao la dignidá y no empuña el sable aunque lo emplumen? ¿Y qué le espera a uno si recauda viento, como a mí me

ha pasado hoy? ¿Quiere usté decírmelo? ¿Se me podrá criticar si me convierto en un indecente?

FERNANDO

Con levísima ironía.

En el mundo se entiende la decencia de tantos modos...

CORBACHO

También es verdá. Pero siempre no va a estar uno en poeta. Yo azmiro lo del Padrenuestro, que es hermosísimo. Aquello de "y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Pero ¿vamos a perdonar a nuestros deudores, si el único acreedor que nos perdona es Dios...? ¿No sería eso una primada?

FERNANDO

Indudablemente.

CORBACHO

Y dígame, no el amigo, sino el abogado: ya que debemos cobrar lo que nos adeudan, si la

deuda es moral y no material, ¿cabe la reclamación? No ante la justicia. ¡Claro! Me refiero a una reclamación amistosa.

FERNANDO

Según. Si el deudor reconoce la deuda...

CORBACHO

Vamos a verlo. Cuando yo le devolvi a usté la cartera, cobré el trabajo que me había costado quitársela. De modo que la deuda de dinero se saldó. Pero ¿y las demás?

FERNANDO

Sorprendido.

¿Cuáles?

CORBACHO

Sonriéndose.

Sin los billetes que le restituí, ¿sería usté lo que es hoy?

FERNANDO

Sinceramente.

Quién sabe. Quizás no.

CORBACHO

Sin quizás, caramba. No sería usté lo que es, porque no habría estudiado lo que ha estudiado, ni tendría la posición que tiene, ni viviría como un hombre dichoso, puesto que donde no hay harina no hay felicidá. De manera que me debe su matrimonio y su felicidá.

FERNANDO

Haciendo el mismo gesto que si le hubiese mordido una víbora.

¡Mi matrimonio...!

CORBACHO

Que toma el gesto por una negación.

¿No?

FERNANDO

Contemplándole con una antipatía que casi llega a la aversión y que procura disimular con sus palabras.

Es verdad. No había yo caído en que le debo

mi matrimonio; en que, sin usted, es posible que no me hubiera casado... *Con mucha dulzura en la voz, pero con una centella en cada pupila.* Porque usted ha sido, indudablemente, el autor de mi felicidad.

CORBACHO

Algo emocionado.

No sabe usté lo que me alegra el que lo reconozca.

FERNANDO

Sin su acción... no sé cómo calificarla...

CORBACHO

Satisfechísimo.

No tendría usté este hogar, este nido... Sería usté un infeliz sin familia.

FERNANDO

Fusilándole con los ojos.

Cierto Yo sería uno de esos infelices que no tienen familia... Y gracias a usted, a su generosidad, a su rasgo... tengo familia.

CORBACHO

No, no lo hice por generosidad. Me dió una corazonada...

FERNANDO

Interrumpiéndole.

Y ¡pum! cometió usted la mala acción.

CORBACHO

Con asombro.

¿La mala acción?

FERNANDO

Con una frialdad incisiva.

Dentro de su oficio, sí. Usted obró con la magnanimidad de un filántropo; pero usted no es un filántropo, sino un carterista, y la primera obligación de un carterista consiste en guardarse el dinero que "distrae".

CORBACHO

Desconcertado.

¿Es que ya no se acuerda usté de la carta?

FERNANDO

Me acuerdo de la carta.

CORBACHO

¿Y no merecía que me portase yo honradamente?

FERNANDO

¡Bravísimo...! ¡Honradamente! Ya salió aquello, para que no se olvide que estamos en la noble España, donde hasta las malas mujeres presumen de pudorosas y hasta los timadores—perdóneme usted—de honrados. ¡Pues no, señor! Como carterista—se lo vuelvo a decir—no procedió usted honradamente. Para un carterista, lo honrado es limpiar bolsillos con primor y echar el alma por la boca antes que restituir un céntimo.

CORBACHO

Entre molesto y sorprendido.

Pero eso es una burla.

FERNANDO

¡Cómo una burla! ¿Usted se imagina que el concepto de la honradez se puede considerar

como una barra de bronce? No, hijo. Es una barra de cera y se presta a que le saquemos punta y a que la convirtamos en una pelota. Si yo, cuando voy a defender a un criminal, dijera: "Señores jurados: ese hombre es un bandido que merece la horca", como caballero procedería honradísimamente; mas, como abogado, me deshonraría.

CORBACHO

¡No es igual!

FERNANDO

Sí es igual.

CORBACHO

Con firmeza y modestia.

Mire usté, señor Urbina: yo no tengo ilustración para discutir con usté, y no hay mucho mérito en que usté, con su labia, me haga un taco; pero demasiado bien sabe usté que la razón está de mi parte, porque, se tire para donde se tire, lo bueno siempre es bueno.

FERNANDO

Cuando no es malo. ¿Cuántas veces no nos lleva el camino del bien a los senderos del mal? Una buena obra es favorecer con dinero al que no lo tiene, ¿verdad? Pero si el favorecido se envicia con ese dinero, y pierde el hábito del trabajo, y acaba por ir a presidio o por suicidarse, ¿en qué se convierte la buena obra?

CORBACHO

¡Ah! Pero...

FERNANDO

Interrumpiéndole.

Pero, ¿qué? ¿Cree usted que cosas así nó ocurren nunca? Pues con frecuencia grandísima ocurren, amigo mío. Y, al contrario, en muchas ocasiones los senderos del mal nos dejan en el camino del bien, ya que, a veces, lo que nos debió dañar nos beneficia. Figúrese que está durmiendo en un pinar, que pasa un malvado que le odia y que, traidoramente, a mansalva, le dispara su revólver. ¿Es una vil acción?

CORBACHO

Infame.

FERNANDO

Pero, ¿y si al pasar ese malvado iba a morderle a usted una víbora y el tiro, que no le hirió, evitó, despertándole, que le mordiera?

CORBACHO

Con ingenuidad.

Conforme. Podría suceder. Pero, poniendo así las cosas, ¡debíamos apalear a los que nos ofrecen dinero, por granujas, y abrazar a los que nos "osequian" con balazos, por caritativos!

FERNANDO

¡Quién sabe!

CORBACHO

Algo violento.

En fin, de todos modos, lo que le iba a decir se me queda en el buche.

FERNANDO

Esforzándose por parecer afectuoso.

¿Y por qué razón? ¿Es pecado generalizar...? Vamos, diga. ¿Es que quiere que tome por mi cuenta lo del hotel?

CORBACHO

Con súbita resolución.

¿Dar dinero yo, que venía por dinero?

FERNANDO

Con frialdad.

¿Por dinero?

CORBACHO

Digno.

Por dinero. Y no me tome usté por un sablista. Yo no le hubiese molestado por mí. Vivo con poco y ese poco no me ha de faltar, porque trabajo, y Dios ayuda al que trabaja. *Con la diestra sobre el corazón.* Pero cuando éste se emperra, le obliga a uno a hacer cada papelito...

FERNANDO

Refiriéndose al corazón.

Pero, ¿habla usted por ése?

CORBACHO

Por éste, que, como un día le trajo a usté la felicidá, hoy se la venía a pedir.

FERNANDO

Con vivísimo interés.

¿Qué es eso de la felicidad...? ¿Piensa usted...? *Desechando sus esperanzas.* ¡No es posible!

CORBACHO

Con una punta de acritud.

¿Qué no es posible? ¿Que me case yo? ¿No soy yo un hombre como los demás?

FERNANDO

Disimulando su infernal alegría.

¡Como el primero! ¡Perdone usted! Pero es tan extraño... ¡No, dispense! Es tan... ¡tan providencial, justo! Es tan providencial la coincidencia, que... que me ha atolondrado, vaya. *Restregándose las manos.* ¿Qué necesita usted?

CORBACHO

Tímido.

Pues yo...

FERNANDO

Sin cortedad, o me molesto. Estamos entre amigos.

CORBACHO

Es que... si se tratara de una muchacha humilde, con unos durillos me arreglaría; pero se trata de la hija de un comerciante que fué millonario y que, por generoso, quebró...

FERNANDO

¡Ah! ¿Sí...? Y ella, naturalmente...

CORBACHO

En plena locura amorosa.

Ella es lo que no se ve. Un encanto, una monada... Fina, elegante, una verdadera princesa. ¡Hasta se pinta las uñitas...!

FERNANDO

Estallando de satisfacción al ver el abismo en que va a precipitarse el petardista.

Pero, entonces, ¡la señorita es un divino pajarín, y, por lo tanto, ha encontrado usted un tesoro!

CORBACHO

Riéndose.

¡Un pajarín, sí! ¡Eso es! No parece sino que la trata. Y figúrese lo que padecerá un pajarín en

la miseria. ¡En la más negra miseria! Con decirle que no pueden ni pagar la casa... Ayer mismo, el padre, un caballero tan orgulloso como el padre, consintió...

FERNANDO

Quitándole las palabras de la boca.

¡Que le prestase usted unos cuartos! ¡Oh! ¡Es providencial!

CORBACHO

Así fué. Y la madre...

FERNANDO

Deshaciéndose de gusto.

Pero, ¿también tiene madre? *Con un júbilo demoníaco.* ¿Y cómo es? Imponente, ¿no...? La esposa de un ex millonario y la madre de un pajarín, no es posible que sea una pobre mujer.

CORBACHO

Lleno de admiración.

¡Quite! ¡Otra verdadera princesa! Con una distinción y un señorío...

FERNANDO

Con la alegría del cazador que ve en la red al pajarillo.

¡Oh, oh...! Entonces, no me cabe duda, vivirán ustedes en el hotel..., donde habrá algunos frutales.

CORBACHO

Hay algunos. Pero no comprendo...

FERNANDO

Ya, ya comprenderá. Y ahora, al grano. ¿Qué le hace falta?

CORBACHO

Pues, tratándose de unas personas de tanto "postín", yo calculo que con menos de tres mil pesetas...

FERNANDO

¿Tres mil pesetas...? ¡Quiá, hombre! Tres mil pesetas se irían en un soplo, sin permitirle llegar a la boda, y usted... ¡usted se casa!

CORBACHO

Conmovido.

Señor Urbina...

FERNANDO

¡Usted se casa por mí, como me casé yo por usted, para que su felicidad sea obra mía, como es obra suya mi felicidad! *Hablando mientras extiende un cheque.* Saldo esta deuda moral devolviéndole la misma moneda que me entregó.

CORBACHO

Don Fernando, le debo a usted...

FERNANDO

Atajándole

Lo que yo a usted. *Dándole el cheque.* Tome. Mil doscientos duros. ¡Y nada de gracias! Ande, ande con su pajarín.

CORBACHO

Es usted de oro, don Fernando.

FERNANDO

Empujándole cariñosamente.

Ande, ande con su pajarín. *Sale el petardista por el pasillo y Fernando le ve alejarse.* ¡De oro...! ¡De oro, y, por mi culpa, si no tiene la suerte de que le cojan hoy o mañana y le metan en la cárcel, está perdido...! ¡Señor, perdóname este crimen... y apiádate de ese infeliz!

FIN DE LA COMEDIA

205

